



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

El legado de Alfonso I el Batallador: vida y obra de un
monarca cruzado en los albores del siglo XII.

Autor:

Andrés Mateo Pardo

Director:

José Luis Corral Lafuente

Grado en Historia

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Zaragoza

Año 2017



Resumen:

La rápida expansión hacia el sur de castellanos y leoneses, que bajo la bandera de Alfonso VI habían incluso tomado la simbólica y estratégica ciudad de Toledo (1085), ha sido frenada por un nuevo enemigo que viene de África: los almorávides. En los albores del siglo XII, en el valle medio del Ebro, un hombre se erige como la única esperanza de la cristiandad hispana, la única espada capaz de aunar los corazones de los hombres de fe y enfrentarse al enemigo infiel: Alfonso I de Aragón, el que será conocido por los siglos venideros como el Batallador.

Este trabajo aborda su vida, sus campañas, su obra, su legado, sin dejar de lado todas aquellas circunstancias que lo rodearon y todas las gentes, nobles y clérigos, que lo acompañaron a lo largo de su camino, hasta que encontró la muerte tras ser herido en el asedio de Fraga (1134), tras batallar y batallar, una y otra vez.

Palabras clave: almorávides, siglo XII, valle medio del Ebro, Alfonso I, Aragón, vida, obra, legado

ÍNDICE

BLOQUE I: INTRODUCCIÓN

1- El porqué de este trabajo	4
2- Fuentes y bibliografía	7

BLOQUE II: EL INFANTE DON ALFONSO

3- Los precedentes familiares: Ramiro I, Sancho Ramírez, Pedro I	9
4- El reino de Aragón pasa a la ofensiva: la anexión del reino de Pamplona y el espíritu de cruzada	15
5- La educación de Alfonso y su entorno (familiares y amigos)	18

BLOQUE III: ALFONSO REY DE ARAGÓN

6- Los inicios del reinado	22
7- Matrimonio con Urraca y política castellana	28
8- Hacia la conquista de Saraqusta	34
9- Las cofradías de Belchite y Monreal	39
10- Expedición a Granada	43
11- La política de repoblación	48
12- Fijación de fronteras con Castilla: las paces de Támara	50
13- Última campaña: Fraga y el camino hacia el Mediterráneo	52
14- Consecuencias del testamento y legado del Batallador	56

CONCLUSIONES	59
---------------------	----

ANEXOS	62
---------------	----

BLOQUE I: INTRODUCCIÓN

1-EL PORQUÉ DE ESTE TRABAJO

Siempre desde muy pequeño me ha fascinado la época medieval y todo lo que a ella rodea. Ya desde niño tuve un gran interés por los castillos, los dibujaba, una y otra vez, plasmándolos en folios de papel. Fueron además muchos veranos de niño, allá por los años noventa del pasado siglo, pasando horas y horas jugando acompañado de mi hermano y mis primos con espadas de madera, arcos y flejas de plástico, escudos de cartón...parecía que el medievo resurgía en nuestra imaginación, muchas fortificaciones y castillos fueron erigidos en aquellos veranos en la finca de mi abuelo con palos y cartones.

Esta afición por el medievo fue a más, y a lo largo de mi vida me he impregnado lo máximo posible de todo el conocimiento relativo a la Edad Media, y más concretamente al periodo Pleno Medieval, pues son los siglos XI, XII y XIII los que más me han atraído siempre. La gran expansión de los reinos cristianos peninsulares a costa del islam, o las épicas cruzadas a Tierra Santa, son episodios de la historia que me entusiasman.

Como no podía ser de otra manera, elegí la figura de Alfonso I de Aragón, conocido por la posteridad como el Batallador, pues fue el monarca cristiano que entró triunfante en la ciudad que me vio nacer, en la que he crecido y la cual ha sido presente de todos mis éxitos y fracasos, triunfos y derrotas, aciertos y desaciertos; estoy hablando de Zaragoza.

La Ciudad Blanca, como la solían llamar los cronistas musulmanes, pues era por aquel entonces una ciudad de blancas murallas y altas torres que guarnecían el corazón de una floreciente urbe que resplandecía como una de las más preciadas joyas de al-Ándalus.

Alfonso I entró triunfante en la Saraquista musulmana en diciembre del año 1118, pero no sólo por este éxito ha sido el Batallador objeto de mi trabajo. Lo cierto es que fue un hombre extraordinario, un héroe de su época, un hombre que soñó un día con poder llevar su acero hasta Jerusalén, la ciudad donde Jesucristo fue crucificado; un hombre que conquistó tierras para Aragón como nunca antes se había conseguido hacer; un hombre que quiso llevar a los aragoneses hasta el soñado mar, el Mediterráneo, muriendo en el intento, en el fatídico sitio de Fraga. En definitiva un hombre que como él mismo atestiguaba llegó a reinar “desde Belorado hasta Pallars, y desde Bayona hasta Monreal”.

Pero este trabajo no pretende mostrar esa figura heroica del Batallador, esa imagen que nos ha legado la historiografía, de guerrero invicto, temeroso de Dios y modelo a seguir; este trabajo más bien se propone analizar toda la época del monarca aragonés en su conjunto, dando voz a toda una serie de circunstancias y gentes que le rodearon, que contribuyeron a forjar toda su obra y que fueron artífices ineludibles de sus logros.

Este trabajo además pretende acercarse a los hechos que rodearon a la figura de Alfonso I a lo largo de su vida de la manera más fiel posible, sabiendo de antemano que es imposible saber a ciencia cierta cómo fueron exactamente los acontecimientos surgidos en fecha tan lejana, en los albores del siglo XII.

Como es imposible condensar en tan pocas páginas la obra de toda una vida, este trabajo se centra en una serie de aspectos concretos, tales como la historia política y militar que rodeó al monarca a lo largo de sus días, pasando a analizar brevemente aspectos de gran importancia como las políticas de repoblación emprendidas en la zona del valle medio del Ebro. Algunos episodios en la vida del Batallador son abordados muy por encima, como fue por ejemplo toda la compleja política castellano-leonesa que emprendió al casarse con Urraca, pues sería imposible atender a todos estos aspectos en tan sólo medio centenar de páginas.

Se hace por tanto hincapié en los aspectos político-militares y en las campañas que llevó a cabo Alfonso I a lo largo de su reinado, tratando de seguir un hilo conductor en el tiempo, y rastreando en las crónicas la situación del monarca en cada momento, reconstruyendo así en la medida de lo posible su denso itinerario.

Una de las tesis que pretendo defender en mi trabajo es la de revalorizar la importancia que tuvieron una serie de batallas muy concretas, como fue por ejemplo la de Cutanda del año 1120, poco conocida hoy en día por la sociedad, en la cual las tropas del Batallador masacraron a un enorme contingente de almorávides venidos desde el sur con el fin de recuperar la Ciudad Blanca (Zaragoza) para el islam; su derrota supuso que renunciaran definitivamente a recuperar la Marca Superior.

La historiografía actual ha tendido a desmerecer las batallas, y yo considero que ha habido a lo largo de la historia medieval una serie de Batallas, con mayúscula, que decidieron el curso de la historia y cuyo resultado fue fundamental para el devenir de los acontecimientos, como por ejemplo en el caso aragonés la Batalla de Cutanda (1120), la de las Navas de Tolosa (1212) o la de Muret (1213) que fueron determinantes, en los dos primeros casos como grandes victorias, en el último caso como desastres, que para bien o para mal supusieron mucho.

Finalmente, el trabajo aborda las dificultades que entrañó su inaplicable testamento, haciendo hincapié en las consecuencias que trajo la subida al trono de su hermano, que era por aquel entonces obispo de Roda. Ramiro I el Monje supo paliar la tempestad, y salvó la dinastía, casando a su hija recién nacida con el conde de Barcelona, lo que supuso un giro tremendo en la política aragonesa, quedando Aragón desvinculada de Pamplona y virando sus intereses y su política hacia oriente. Nacía entonces la Corona de Aragón, de la unión matrimonial entre Petronila de Aragón y Ramón Berenguer IV de Barcelona. El hijo de ambos, Alfonso II el Casto, será el primer rey de la recién forjada Corona de Aragón.

2-BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

Fuentes:

- AL-BAKRI, *Geografía de España*, Zaragoza 1982.
- Crónica de los Estados peninsulares*, ed. de A. Ubieto, Granada 1955.
- Crónica de San Juan de la Peña*, ed. de Carmen Orcástegui, Zaragoza 1986.
- IDRISI, *Geografía de España*, Valencia 1974.
- LACARRA, José María, *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro*, 2 vols., Zaragoza 1982-1985.
- LEMA PUEYO, J. A., *Colección diplomática de Alfonso I de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, San Sebastián 1990.
- ORCÁSTEGUI, Carmen, *Crónica de San Juan de la Peña*.
- SÁNCHEZ BELDA, *Chronica Adefonsi imperatoris*.

Bibliografía:

- Andrés Valero, Sebastián, *Historia de Zaragoza. Zaragoza cristiana (1118-1336)*, Zaragoza 1998.
- Beltrán, Antonio, Lacarra, José María y Canellas, Ángel, *Historia de Zaragoza*, vol. I, Zaragoza 1976.
- BOSCH VILÁ, Jacinto, *El oriente árabe en el desarrollo de la cultura de la Marca Superior*, Madrid 1954.
- BOSCH VILÁ, Jacinto, “El reino de taifas de Zaragoza: algunos aspectos de la cultura árabe en el valle del Ebro”, *J. Zurita*, 10-11, pp. 7-67, Zaragoza 1960.
- BUESA CONDE, Domingo, *El rey Sancho Ramírez*, Zaragoza 1978
- CAÑADA JUSTE, “La batalla de Cutanda (1120)”, *Xiloca*, 20, pp. 37-47, Calamocha 1989.

- CORRAL LAFUENTE, José Luis, *La formación territorial. Historia de Aragón*, vol. 5, Zaragoza 1985.
- CORRAL LAFUENTE, José Luis, “La reconquista del valle del Ebro”, *Militaria*, 12, pp. 49-65, Madrid 1998.
- Corral Lafuente, José Luis, *Historia de Zaragoza. Zaragoza musulmana (714-1118)*, Zaragoza 1998.
- DURÁN GUDIOL, Antonio, *Ramiro I de Aragón*, Zaragoza 1978.
- GOÑI, GAZTAMBIDE, J., *Historia de la Bula de la Cruzada en España*, Vitoria 1958.
- HUICI MIRANDA, Ambrosio, “Los Banu Hud de Zaragoza, Alfonso I el Batallador y los almorávides (nuevas aportaciones)”, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, II, pp. 7-38, Zaragoza 1962.
- LACARRA, José María, “La reconquista y repoblación del valle del Ebro”, en *La Reconquista Española y la Repoblación del País*, pp. 38-83, Zaragoza 1951.
- LACARRA, José María, “Gastón de Bearn y Zaragoza”, *Pirineos*, VIII, pp. 127-136, 1952.
- LACARRA, José María, *Alfonso el Batallador*, Zaragoza 1978.
- LACARRA, José María, *Aragón en el Pasado*, Madrid 1979.
- LALIENA CORBERA, Carlos, *Pedro I*, Burgos 2000.
- LEMA PUEYO, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008.
- SESMA MUÑOZ, Ángel, “Aragón medieval”, en *Aragón en su Historia*, pp. 107-186, dir. Ángel Canellas, Zaragoza 1980.
- TURK, Afif, *El reino de Zaragoza en el siglo XI de Cristo (V de la Hégira)*, Madrid 1978.
- UBIETO ARTETA, Antonio, “La participación navarro-aragonesa en la Primera Cruzada”, *Príncipe de Viana*, VIII, pp. 357-383, 1947.

BLOQUE II: EL INFANTE DON ALFONSO

3-LOS PRECEDENTES FAMILIARES: RAMIRO I, SANCHE RAMÍREZ, PEDRO I.

Antes de entrar a valorar la propia figura de Alfonso I y lo que supondrá toda su obra, es menester analizar a sus antecesores, aquellos que antes que él ostentaron el título de Rey de Aragón, y cuyas obras y actuaciones resultaron también muy relevantes para el devenir del joven reino montañés. Es pues necesario detenerse a analizar las figuras de su abuelo Ramiro I, su padre Sancho Ramírez, y su hermanastro Pedro I.

De Ramiro I lo primero que hay que decir es que heredó de su padre, Sancho el Mayor, el pequeño reino de Aragón. Su madre era Sancha de Aibar, habiendo nacido antes del matrimonio de su padre con la hija del conde de Castilla, doña Munia, lo que le negaba la condición de primogénito, al haber nacido de un matrimonio anterior.

Sancho III el Mayor, a lo largo de su vida había conseguido extender la dominación navarra hasta Pallars por el Este y había incorporado buena parte de Castilla por el Oeste. Al morir, Sancho el Mayor había distribuido sus extensos dominios entre sus hijos. Resultó fundamental la concesión de las tierras en torno al río Aragón a su primogénito, Ramiro, aunque como señalo con anterioridad, hijo de un primer matrimonio y por tanto ilegítimo¹.

El año 1035 pues, a la muerte de su padre Sancho III el Mayor, Ramiro I hereda un pequeño enclave pirenaico entorno a las aguas del río Aragón con entidad de reino. Territorialmente el joven reino era muy reducido, no obstante sus gentes tenían una personalidad bien definida: se trataba de montañeses (labradores, pastores) que recelaban de las gentes del sur, las cuales tenían una fe y una estructura socioeconómica muy diferentes². Ramiro I conseguirá hábilmente establecer una “línea” fronteriza al sur de la cadena montañosa que tenía como plazas fuertes más importantes a Sos, Carcastillo,

¹ Laliena Corbera, C. (2000). *Pedro I de Aragón y de Navarra (1094-1104)*. Burgos: La Olmeda, 2000. p.21

² Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p.13

Luesia, Biel, Agüero, Carcavilla y Loarre. A lo largo de la Sierra de Guara también se establecerán pequeños puestos de vigilancia en las cimas de los montes, pero no precisaba de defensas especiales por constituir una defensa natural³.

Un hito de gran importancia en el reinado de Ramiro va a ser la muerte de su hermano Gonzalo, sin herederos, anexionando entonces Ramiro los territorios de Sobrarbe y Ribagorza, que habían pertenecido a Gonzalo como herencia de su padre⁴. Quedaban entonces en manos de Ramiro I los tres núcleos de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza. La pequeña extensión del territorio, la falta de unidad geográfica y la dificultad de las comunicaciones interiores limitaban la capacidad ofensiva del joven reino, y obligaron a este monarca a llevar a cabo una política eminentemente defensiva, basada en la reparación de fortalezas, puentes y caminos.⁵

En el año 1062, Ramiro I va a pactar con el conde de Urgel un doble matrimonio, con el fin de atraerse un aliado que podría haber sido un duro competidor en la frontera oriental, en torno a la ribera del Cinca, donde ya había hecho su aparición el conde de Barcelona Ramón Berenguer, quien ansiaba también estas ricas tierras en manos de los “infieles” así como sus tan preciadas parias. Mediante este paco, casaba a su hijo Sancho con Isabel de Urgel, hija del conde de Urgel Ermengol III, y a su vez éste casaba con la hija de Ramiro I, Sancha.

Esta alianza tuvo tempranamente su primer contratiempo, pues en el año 1064 el monarca aragonés encontraba la muerte ante los muros de Graus, en un intento de tomar la estratégica plaza que protegía la frontera septentrional del reino musulmán de Saraqusta, a cuya defensa acudió Al-Muqtadir en persona, quien contó con la ayuda de un contingente de tropas castellanas⁶. Esta ayuda cristiana prestada a los hudíes en Graus

³ *Ibidem.* p.13

⁴ Según la Crónica de San Juan de la Peña, el 26 de junio de 1045 Gonzalo fue asesinado en un puente por un vasallo gascón de nombre Ramonet, quien le atravesó la espalda con una lanza, y sus restos fueron colocados junto a los de Íñigo Arista en el Real Monasterio de San Victorián.

⁵ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 14

⁶ En el sitio de Graus (1063), no sólo los musulmanes de la taifa hudí de Saraqusta (Zaragoza) se opusieron a Ramiro I, también participaron en la defensa de la plaza contingentes castellanos al mando

frente a los cristianos aragoneses se debe a que el monarca musulmán que reinaba en Zaragoza (Al-Muqtadir) era vasallo del rey de León, Fernando I, a quien le pagaba parias.

A la muerte pues en el sitio de Graus en 1063 de Ramiro, hereda el reino su hijo Sancho Ramírez. Con Sancho Ramírez el reino de Aragón va a comenzar la tomar del llano que conduce a Zaragoza, expandiéndose hacia el sur progresivamente, adueñándose de las ricas y fértiles tierras del valle medio del Ebro. Ahora, a mediados del siglo XI, van a darse una serie de circunstancias favorables que les permitirán a los aragoneses tomar una actitud ofensiva y comenzar su expansión hacia el sur, a costa de las tierras pertenecientes al reino moro de Zaragoza⁷.

De todos estos factores favorables que jugarán a favor del reino aragonés, el primero a destacar sería la división de al-Ándalus en una gran multitud de reinos de taifas, lo que debilitará a estos estados y les obligará al pago de parias para su supervivencia, lo cual generará un progresivo enriquecimiento en los reinos cristianos del norte, y a su vez un progresivo empobrecimiento de los reinos de taifas, que quedarán a merced de las armas cristianas ante la falta de un poder militar suficiente con el cual poder oponer resistencia.⁸

Otro factor a destacar, sería el viaje de peregrinación a Roma que va a emprender Sancho Ramírez en la primavera de 1068, que supondrá la infeudación de su reino al papado, lo cual le dotará de la tan ansiada legitimidad a su dinastía, que buscaba ya antaño su padre. El monarca aragonés coloca su persona y su reino en manos de Dios y de San Pedro, declarándose “vasallo de San Pedro”. Como prueba de esto, va a poner a su hijo (nacido ese mismo año) el nombre de Pedro, desconocido por aquel entonces en su dinastía⁹. Este hecho resultará fundamental, pues a raíz de esta peregrinación a Roma, el reino aragonés va a abrirse hacia el continente, va a abrirse hacia Europa, fácilmente observable en diferentes hechos, como por ejemplo que se cambió el rito eclesiástico vigente, el mozárabe, por el romano; se introdujo la escritura carolina, abandonando la visigótica;

del infante Sancho, el futuro Sancho II, así como un joven caballero castellano, Rodrigo Díaz de Vivar, más tarde conocido como el Cid.

⁷ Ubieto Arteta, A. (1992). *La reconquista aragonesa*. p.163

⁸ En el año 1031 desaparece el último califa de Córdoba, quedando al-Ándalus dividida en numerosos y diminutos reinos de taifas, que actuarán como estados independientes. Progresivamente, los reinos de taifas más débiles, irán siendo anexionados por las taifas vecinas más poderosas.

⁹ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p.14

así como también se extenderán por todos los territorios del monarca el arte románico, introduciéndose además nuevas órdenes religiosas de origen europeo que sustituyeron a las locales; y quizá lo más importante en lo que a este trabajo se refiere, pues tendrá una importante repercusión en los días de Alfonso el Batallador: comenzó toda una serie de alianzas matrimoniales con casas nobiliarias importantes del otro lado del Pirineo que rendirán pronto sus frutos en forma de ayuda militar, política, humana y técnica para la guerra.¹⁰

Sancho Ramírez tendrá con Isabel de Urgel un hijo varón, Pedro, quien será más tarde Pedro I, el monarca que conquistará Huesca tras la Batalla de Alcoraz. De su segundo matrimonio con Felicia de Roucy, hija de Hilduino conde de Roucy, tendrá tres hijos varones, que serán Fernando, Alfonso y Ramiro.¹¹

Uno de los hitos más importantes en el reinado de Sancho Ramírez será la concesión del Fuero de Jaca en el año 1076 (ó 1077), por el cual otorgaba la categoría de ciudad a una villa de tránsito en el Camino de Santiago, convirtiéndola en capital de su reino y en sede episcopal, dando instrucciones de que comenzara la construcción de una catedral en dicha ciudad. Este fuero de Jaca del año 1076 servirá también de modelo a muchas poblaciones enclavadas junto al Camino de Santiago.¹²

En el año 1083 consigue hacerse con el control de Graus y Ayerbe, repoblándolas, siendo estas dos plazas de importante valor estratégico que abrían el paso hacia las tierras bajas del Cinca, consiguiendo a su vez que numerosas poblaciones de la zona le paguen parias que garantizasen su independencia.

Sancho Ramírez proseguía con su conquista por el llano asegurando las nuevas tierras con la edificación de fortalezas, que servían de protección de la nueva tierra. Así, iba rodeando poco a poco y de manera progresiva la ciudad de Huesca, que iba quedándose

¹⁰ Ubieto Arteta, A. (1992). *La reconquista aragonesa*. p.164

¹¹ De estos tres hijos varones con Felicia de Roucy, el mayor de todos, Fernando, morirá antes del año 1094, no llegando a ser rey; Alfonso se convertirá en rey de Aragón como Alfonso I, y después de él a su muerte sin herederos le sucederá su hermano menor, el tercero de los hijos, Ramiro II.

¹² Ubieto Arteta, A. (1992). p.164

cada vez más aislada. La fortaleza de El Catellar, a tan solo 20 km de Zaragoza, comenzó a ser construida en el año 1078, y construyó también el castillo de Montearagón para amenazar la codiciada ciudad de Huesca, así como también mandó fortificar el castillo de Loarre, para asegurar sus recientes conquistas. Fortificó también una serie de localidades en torno a Huesca, para acabar de rodearla y ponerle sitio.

No obstante, morirá ante los muros de Huesca, en junio del año 1094, siendo sucedido por su hijo Pedro I, nacido de su primer matrimonio con la condesa de Urgel.¹³

Aunque heredó el trono de Aragón (y de Pamplona) en el año 1094 a la muerte de su padre, ya se le concedieron como tenencia los territorios en el curso medio del Cinca en el año 1089 a título de “rey de Monzón”. Esto ya era una conocida costumbre navarro-aragonesa, el hecho de delegar tierras a título de “rey” a infantes para que colaboren en las tareas de gobierno del reino y comenzar a ejercer responsabilidades regias.

Deben ser destacadas sus campañas por el Levante en colaboración con el Cid, especialmente entre los años 1093 y 1103, consiguiendo obtener para los aragoneses plazas marítimas como Culla, Miravet, Oropesa o Castellón.¹⁴

Pedro I consiguió además extender sus dominios hasta la Sierra de Alcubierre y los Monegros. En el año 1096 conquista la tan ansiada ciudad de Huesca, tras derrotar a Almustáin II, rey moro de Zaragoza, en la Batalla de Alcoraz, y la convierte en su capital. A partir de este momento, la antigua capital del reino, Jaca, irá perdiendo importancia, así como las villas y aldeas del norte en torno al Camino de Santiago, pues la frontera se iba desplazando progresivamente hacia el sur, y los ojos de las conquistas estaban ahora puestos en las ricas tierras del valle del Ebro.

En sus campañas por el Levante, como ya he adelantado anteriormente, combatió al lado del Cid, derrotando a los almorávides en la Batalla de Bairén en 1097, cerca de Gandía, quienes pretendían recuperar para el islam la taifa de Valencia, en manos ahora del

¹³ Mientras el monarca estaba inspeccionando los muros de Huesca para descubrir puntos débiles a lo largo de la muralla, una flecha perdida le alcanzó y le hirió mortalmente, muriendo en el sitio de Huesca (1094).

¹⁴ Se conserva un documento datado en julio del año 1100 en la que aparece Pedro I intitulado como rey de Aragón, Pamplona, Sobrarbe, Ribagorza, Culla, Oropesa y Castellón.

Campeador desde 1094.¹⁵ Tasufín, quien lideraba a los almorávides en esta contienda, fue pues derrotado por las armas de Pedro I y el Cid.

Tomó la fortaleza de Barbastro de manera definitiva en el año 1001, así como Sariñena.

La obra de Pedro I, hermanastro del Batallador, será fundamental para entender los éxitos que posteriormente cosechará Alfonso I. La tremenda expansión que experimentará el reino de Aragón en tiempos del Batallador no hubiera sido posible sin la consolidación de la supremacía militar de las armas cristianas sobre las musulmanas que se conseguirá en tiempos de Pedro I. Uno de las mayores expresiones de esta expansión, y de la presión sobre la capital hufí (Saraqusta), que ahora se tornaba como el principal objetivo de la dinastía Ramírez, sería la edificación del castillo de Juslibol, que Pedro I mandará edificar en el año 1101 con el objetivo de vigilar y cercar la “Ciudad Blanca” (como solían llamar los musulmanes a Zaragoza).¹⁶

Es preciso también reseñar, el hecho de que tanto durante el reinado de Pedro I, como durante el de Sancho Ramírez, el infante Alfonso ocupará puestos de relevancia tanto en la administración de tenencias como al frente de los ejércitos, estando documentada su presencia en diversas batallas de gran importancia para el devenir del reino, como en la de Alcoraz, en la que combatió a la vanguardia de las tropas aragonesas como atestiguan algunas crónicas.

A la muerte de Pedro I sin herederos acaecida en el valle de Arán en el año 1104, le sucederá en el trono su hermanastro Alfonso I, fruto del segundo matrimonio de Sancho Ramírez con Felicia de Roucy, la hija del conde de Roucy: Hilduino. Quien será conocido como el Batallador, tenía en el momento de subir al trono como Rey de Aragón en el año 1104, una edad ya avanzada para la época.

¹⁵ Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, conquistó la ciudad de Valencia en el año 1094, y la mantuvo bajo su control hasta su muerte, acaecida a mediados del año 1099. Tras su muerte, su esposa Jimena consiguió defender la plaza hasta el año 1102, momento en el cual tuvo que retirarse y volvería a manos musulmanas, no siendo recuperada definitivamente para la Cristiandad hasta el año 1238 por Jaime I.

¹⁶ Juslibol deriva de “Deus lo vol”, que significa “Dios lo quiere”, que era el grito de la Primera Cruzada (1095-1099).

4-EL REINO DE ARAGÓN PASA A LA OFENSIVA: LA ANEXIÓN DEL REINO DE PAMPLONA Y EL ESPÍRITU DE CRUZADA.

Una vez analizadas las figuras que precedieron a Alfonso I, y que prepararon el camino de sus conquistas, me parece muy interesante detenerme en dos hitos fundamentales, a los cuales les voy a dedicar el siguiente capítulo, pues en mi opinión fueron fundamentales para que el Reino de Aragón pudiera pasar de una política claramente defensiva en tiempos de Ramiro I, a una política ofensiva, de conquista del llano.

Se trata por un lado de la anexión de buena parte del Reino de Navarra, tras el asesinato de Sancho el de Peñalén, que pasaría entonces a manos de Sancho Ramírez.¹⁷ Y por otro lado estaría el ferviente espíritu de cruzada, que animó a las gentes de los valles pirenaicos a lanzarse sobre los musulmanes del llano, y lo que fue más importante, trajo a numerosos contingentes de combatientes de más allá de los Pirineos, que para combatir al lado de las armas de los monarcas cristianos aragoneses frente al infiel.

El hecho de que en el año 1076 Sancho Ramírez se anexionara gran parte del Reino de Navarra, supuso un hito de relevante importancia en el devenir histórico del Reino de Aragón. En primer lugar porque suponía un gran refuerzo para la empresa de la reconquista, que en tiempos de Sancho Ramírez alcanza un impulso tremendo, hasta el punto de poder llegar a afirmarse que es él quien prepara los éxitos decisivos de su hijo Alfonso I.¹⁸ Lo cierto es que esta arriesgada afirmación no es vana, ni tampoco falsa, pues es en tiempos de Sancho de Ramírez donde puede verse claramente un primer avance hacia el sur, una conquista y ocupación de posiciones sureñas, una política más ofensiva y una clara intención por asentarse en el llano. La anexión del reino navarro resultará en este sentido pues fundamental, pues supondrá un tremendo aporte en hombres, recursos, y también un acrecentamiento del territorio considerable. Por tanto un hecho fundamental, el año 1076, momento en el cual Sancho Ramírez, Rey de Aragón, pasa a

¹⁷ Sancho Garcés IV de Pamplona, conocido como el de Peñalén, pues fue asesinado precisamente en Peñalén siendo despeñado por un barranco víctima de una conjura nobiliaria. Su muerte propició que Alfonso VI de Castilla se repartiera con Sancho Ramírez el Reino de Navarra, quedando la zona de la Rioja para Castilla (incluyendo la importante ciudad de Nájera), y la mayor parte del reino navarro para el aragonés, quien comenzará a intitularse rey de Navarra desde aquel momento (además de rey de Aragón).

¹⁸ Castro Alava, J. R. (1946). La reconquista de las tierras del Ebro. p.668

serlo también de Navarra, duplicando así su fuerza y potencia militar de cara al impulso reconquistador.

Por el otro lado, esa aparición de la idea de Cruzada, ese nuevo espíritu cruzado, va a ser también fundamental para entender el impulso aragonés hacia el sur, así como el tremendo avance reconquistador que se va a dar en a partir de la segunda mitad del siglo XI. El hecho que mejor ejemplifica este espíritu de Cruzada quizá sea lo que numerosos investigadores han querido reconocer como la primera de todas las cruzadas: la Cruzada a Barbastro, del año 1064. Lo cierto es que no hay consenso a la hora de considerarla como una cruzada o no, pero lo que es irrefutable es que el papa Alejandro II hizo un gran llamamiento a las a todos los hombres que quisieran ir a Aragón, concediendo una bula de cruzada, pues la tremenda derrota en Graus, en la que además había encontrado la muerte el rey aragonés, Ramiro I, había sido visto como una amenaza para la cristiandad, y era menester contraatacar.

Tan sólo dos años después de ser elegido papa, Alejandro II ordenaba la predicación en Francia, Italia, y tal vez otras regiones del occidente cristiano, de una cruzada contra los musulmanes que después del desastre de Graus, amenazaban seriamente la supervivencia de los reinos cristianos de Aragón y Navarra.¹⁹

La Cristiandad estaba preocupada por la gran presión que estaban ejerciendo los musulmanes sobre los valles altos de la cuenca del Ebro, y hacia la Península Ibérica se dirigió una gran coalición de gentes venidas de diferentes lugares, en donde tenía una clara preeminencia la caballería francesa, con caballeros procedentes de diversas regiones de Francia, sobre todo de Aquitania y de Normandía, los cuales fueron determinantes para dar la victoria a las armas cristianas.²⁰

Numerosos contingentes de tropas venidas del otro lado de los Pirineos se pusieron pues a las órdenes de Sancho Ramírez, quien había sucedido a su padre en el trono de Aragón, y en el año 1064 tomaron la otrora inexpugnable fortaleza musulmana de Barbastro,

¹⁹ *Ibídem* p. 669

²⁰ *Ibídem* p.669

saqueándola y matando a numerosa población civil en su interior. Las crónicas coinciden en apuntar a que fue una masacre lo que se perpetró en Barbastro en el año 1064. La toma y saqueo de Barbastro resultó ser estéril, pues al año siguiente los musulmanes lograron recuperar la plaza.²¹

No obstante, aunque se perdiera Barbastro al año siguiente, el hecho de que tantos contingentes de tropas acudiesen a combatir a la Península, en este caso a Aragón, contra el enemigo musulmán amparados bajo la bula de Cruzada, será fundamental, pues este espíritu de cruzada va a impregnar los corazones de las gentes que tomen las armas y se lancen a las conquistas de los territorios en manos de los infieles.

Este primer llamamiento a las armas para combatir a los musulmanes por parte del papa Alejandro II, casi treinta años antes de que Urbano II hiciera su llamamiento en Clermont, es un hito que marcará la progresiva intervención en la reconquista de gentes venidas del otro lado de los Pirineos, gente que imbuidas por un sentimiento religioso, por un fuerte espíritu de Cruzada, dejarán sus hogares y tomarán la Cruz para marchar muy lejos a combatir a los musulmanes, ya fuera en Oriente o en Occidente.²²

Es interesante reseñar el hecho de cómo el pequeño reino de Aragón logra atraer el interés del Pontificado sirviendo de escenario para las primeras Cruzadas que va a conocer la Cristiandad, aunque la fama de las grandes expediciones de cruzados a Tierra Santa haya eclipsado en la historiografía europea el recuerdo de este precedente peninsular.²³ Este sentimiento religioso del que hablamos, persistirá fuertemente arraigado en todo el territorio, convirtiéndose en los años siguientes en el motor espiritual de las empresas guerreras de Alfonso I.²⁴

²¹ Barbastro deberá esperar varias décadas hasta poder volver a ser conquistada por los cristianos, en el año 1101, momento en el cual será conquistada la plaza por Pedro I de Aragón, ahora sí ya de manera definitiva.

²² Es interesante el hecho de que se van a producir dos procesos paralelos dentro del marco de este espíritu de Cruzada que va a estar presente en el occidente cristiano durante los siglos Plenomedievales (XI-XII); dos procesos paralelos que van a darse por un lado en Oriente, con las cruzadas destinadas a liberar los Santos Lugares en Palestina; y por el otro lado en Occidente, con la Península Ibérica como escenario de las luchas entre cristianos y musulmanes enmarcadas dentro del proceso de la Reconquista.

²³ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p.15

²⁴ *Ibíd*em p.15

5-LA EDUCACIÓN DE ALFONSO Y SU ENTORNO (FAMILIARES Y AMIGOS).

Uno de los cometidos por los cuales desarrollo el siguiente trabajo, es demostrar lo importantes que van a resultar tanto la educación que recibirá el infante Alfonso, como su entorno más próximo, entre los cuales se contarán amigos y familiares, que van a ser determinantes para entender su política y sus conquistas. No es baladí el papel que van a jugar las casas nobiliarias del otro lado de los Pirineos, pues numerosos nobles franceses, sobre todo aquitanos, gascones o incluso normandos, van a desempeñar un cometido fundamental en las conquistas de Alfonso a lo largo de su reinado, especialmente en la toma de Zaragoza (1118), pero también en la conquista de otras muchas plazas de tremenda importancia. Estos hombres, venidos de más allá de las elevadas estribaciones montañosas, aportarán un valioso contingente humano a la empresa de la reconquista, así como adelantos técnicos y avances bélicos en el arte de la guerra.

Sin más dilación, me propongo a continuación analizar de manera detallada que circunstancias van a rodear al infante Alfonso a lo largo de su infancia y juventud, en qué ambiente va a educarse y qué gentes estarán presentes junto a él forjando su personalidad.

Así pues, lo primero que habría que destacar es el ambiente de contante lucha, batallas, enfrentamientos, y heroísmo en el que va a desarrollarse la infancia y juventud del infante Alfonso, futuro Alfonso I.²⁵ En estos momentos, no hay una línea fronteriza claramente delimitada, si no que se dan una gran multitud de castillos o aldeas fortificadas en una extensa franja de territorio, quedando el campo abierto a merced de las algaradas y saqueos tanto de cristianos como de musulmanes, dándose una gran importancia de la iniciativa individual, que es premiada por honores que la realeza otorga a los conquistadores.²⁶

²⁵Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p.16

²⁶ Ibídem p.16

Visto este panorama, es hora de repasar quiénes eran los familiares de Alfonso, haciendo especial hincapié en su familia por vía materna, pues su ascendencia paterna ya ha sido analizada en este trabajo en el capítulo que hace referencia a sus precedentes: su abuelo Ramiro, su padre Sancho Ramírez y su hermanastro Pedro I. La importancia de conocer sus familiares por vía materna es capital, pues será constantemente apoyado en sus empresas de conquista por primos suyos y nobles ligados a él por lazos familiares en la mayoría de ocasiones.

Como ya adelantaba anteriormente, Alfonso había nacido hacia el año 1073 fruto del segundo matrimonio de su padre, Sancho Ramírez, quien había casado en segundas nupcias con Felicia de Roucy, seguramente hacia el año 1070, recibiendo la nueva reina como dote las tierras de la Ribagorza.²⁷ Felicia pues era su madre, y era la hija del conde de Roucy, Hilduino. Los condes de Roucy, abuelos del Batallador por línea materna, aunque no pertenecían a la alta nobleza, eran figuras muy relevantes en su época, y su actividad se desenvolvía entre París, Amiens y Reims.²⁸

Llegados a este punto, es obligatorio hacerse la pregunta de cómo llegó a entrar esta familia en contacto con el Reino de Aragón y sus monarcas. Muchos autores han defendido la tesis de que fue Sancho Ramírez durante su viaje de peregrinación a Roma quien estableció relaciones allí con Eblo II, conde de Roucy desde la muerte de su padre Hilduino (1063), y hermano por tanto de Felicia. Eblo era bien conocido en Roma, pues había combatido junto a los normandos que defendían al papa Gregorio VII, consiguiendo incluso casar con una hija de Roberto Guiscardo.²⁹

Es evidente pues, que estos primeros contactos entre el rey de Aragón y la corte pontificia abrieron todo un nuevo mundo para la corte aragonesa, pues germinaba ese espíritu de Cruzada que se estaba asentando en Roma y del que he hablado en el anterior capítulo, y además se introducía la nobleza aventurera en el joven reino, que sería testigo de la

²⁷ Se ha destacar el hecho de que la abuela de Felicia era hija del rey de Francia Roberto el Piadoso, estando pues esta dinastía emparentada en cierto modo con los reyes de Francia.

²⁸ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 17

²⁹ *Ibidem*. p. 18

llegada de numerosos contingentes de tropas francas venidas a luchar a suelo aragonés para hacer frente al enemigo infiel.³⁰

Sobre la educación del infante Alfonso, se sabe que fue criado en el monasterio de San Pedro de Siresa, en el valle de Hecho. En lo que a formación militar se refiere, fue su ayo Lope Garcez.³¹ Se cree que en fecha temprana el infante Alfonso dejaría su educación en los monasterios pirenaicos, entrando de lleno en la vida pública, pues a la muerte inesperada de su hermano mayor Fernando, se hace cargo de las tierras que constituían la dote de su madre Felicia, gobernando las plazas de Buil, Luna, Bailo y Ardenes.³²

Fue seguramente durante su juventud, el momento en el que emprendería numerosos viajes hacia el Norte de Francia para conocer a sus parientes por línea materna, pues la fraternal colaboración de su primo materno, Rotrou II (conde del Perche), o con Gastón de Bearn, en las campañas de conquista que llevó a cabo siendo ya rey a lo largo de todo el valle del Ebro, hacen suponer una amistad ya de muchos años atrás, de su juventud, una camaradería que habría de perdurar hasta su muerte.³³

De esta época de juventud datarían también muchas amistades, a quienes luego Alfonso ya de rey encumbraría a altos puestos, como serían por ejemplo Castan, a quien Alfonso confiará la defensa de la plaza de Biel, siendo además compañero de armas y consejero de confianza del rey. También el hermano de éste, Per Petit, a quien se le confían las fortalezas de Loarre y Bolea, de gran importancia, o Lope Garcés Peregrino, quien vigila desde el Castellar y hostiliza a la población musulmana de Zaragoza.³⁴

Estas amistades y lazos familiares (generalmente por vía materna) que Alfonso va a ir forjando a lo largo de su juventud van a ser pues determinantes para entender posteriormente su reinado, pues se valdrá del apoyo y de los conocimientos de todos estos

³⁰ *Ibídem* p. 18

³¹ Fue también maestro suyo Esteban, cuando todavía era éste canónigo en Jaca, quien más tarde se convertirá en obispo de Huesca, gozando de plena confianza real (Lacarra, 1978, p.20).

³² *Ibídem* p.21

³³ *Ibídem* p.21

³⁴ *Ibídem* p.21

hombres, venidos en su mayoría del otro lado de los Pirineos, para llevar a cabo sus conquistas y asentarlas, confiando el gobierno de importantes plazas como hemos visto a estos hombres con los que Alfonso tenía una íntima relación de muchos años atrás.

El caso de Gastón de Bearn es especialmente importante, pues Gastón había acudido a la llamada del papa Urbano en la Primera Cruzada, llegando a Palestina y participando en el famoso sitio de Jerusalén del año 1099, en donde pudo conocer de primera mano las nuevas tecnologías bélicas, como por ejemplo la construcción de torres de madera para asaltar las murallas, torres de madera que luego serán utilizadas en el asedio de Zaragoza ya en el año 1118. Es menester pues hacer hincapié en la aportación de Gastón de Bearn a las conquistas del Batallador, así como la de otros muchos hombres venidos de regiones lejanas (Gascuña, Aquitania, Normandía...), ligados a Alfonso por lazos familiares o de amistad.

BLOQUE III: ALFONSO REY DE ARAGÓN

6-LOS INICIOS DEL REINADO (1104-1109)

Lo primero que hay que decir llegados a este punto, es que Alfonso no estaba destinado a reinar, pero una serie de circunstancias que se dieron hicieron que finalmente ascendiera al trono rondado ya la treintena de años, una edad ya avanzada para la época.

El primero en morir fue el infante Fernando, hermano mayor del Batallador. Luego morirá sin descendencia el hijo de su hermanastro Pedro I, el infante Pedro, quien había casado con la hija del Cid. Pedro I al quedarse viudo de Inés de Poitiers, en un intento por tener un heredero y sucesor, se casará con Berta, una mujer italiana de la que poco se sabe, con la que no tendrá descendencia. La muerte sorprenderá al rey Pedro I en el Valle de Arán, con apenas 36 años, convirtiéndose inesperadamente Alfonso en el nuevo rey de Aragón y Pamplona, algo a lo que ni aspiraba ni se sentía preparado para ello.³⁵

Lo cierto es que se ha de decir, que antes de que Alfonso se convirtiera en el nuevo monarca de Aragón (y también de Pamplona), ya durante el reinado de su padre Sancho Ramírez había participado al lado de su hermanastro Pedro en numerosas batallas, como en el caso de la batalla de Alcoraz.³⁶ También estuvo presente en otras muchas batallas decisivas sin ser todavía rey, como la batalla de Bairén (1097), en la cual Pedro y Alfonso acudieron a Levante para auxiliar al Cid frente a los almorávides, que cayeron derrotados bajo las armas cristianas.

Una vez ya como rey de Aragón y Pamplona en el año 1104, se ha de decir que durante los primeros cinco años de reinado que transcurrieron hasta su matrimonio con Urraca (1109), momento en el cual tuvo que comenzar a atender asuntos en Castilla, León y Galicia, y se vio obligado a posponer sus políticas llevadas a cabo en el valle del Ebro,

³⁵ Ibídem p.24

³⁶ La Crónica de San Juan de la Peña cuenta que Alfonso estuvo en la Batalla de Alcoraz al mando de la vanguardia aragonesa, combatiendo con valentía y arrojo en la contienda.

Alfonso I continuó la tarea emprendida por sus inmediatos antecesores Sancho Ramírez y Pedro I.

Así pues, atendió las tareas más inmediatas que le habían legado, que eran la de consolidar la conquista y repoblación de Monzón, Huesca y Barbastro.³⁷ Las conquistas de las ciudades de Zaragoza y Lérida se tornan como los objetivos más inmediatos, y la toma de Tortosa y Valencia como objetivos más a largo plazo, pues a lo largo de toda su vida Alfonso I trató de llegar hasta el mar, con el fin de poder embarcar desde allí hacia Jerusalén, a donde su alma de cruzado le llevaba.³⁸

Es importante destacar el hecho de que en el momento en el que Alfonso se convierte en rey, no existe una línea divisoria bien definida que limite los territorios en poder del rey de Aragón y los territorios dominados por el rey moro de Zaragoza. Lo que sí que existe es una extensa granja de terreno que divide ambos dominios, en donde se edifican numerosas fortalezas, pero que entre ellas quedan espacios permeables por las tropas de uno u otro ejército, que se internan en territorio enemigo saqueando, quemando y talando campos, con el fin de causar el máximo daño posible al oponente, con tal de evitar los castillos y las grandes ciudades amuralladas, en el interior de las cuales tanto cristianos como musulmanes se sienten seguros.³⁹

La frontera sería entonces una zona de contacto, dinámica, cambiante, no habiendo por tanto un frente continuo y definido; una tierra de combates, algaradas, cabalgadas, de riesgo y peligro, en donde las posiciones que habían sido ganadas trabajosamente podían perderse por un contraataque inesperado del enemigo, aunque bien es cierto que todas estas dificultades eran paliadas por la gran oportunidad que otorgaba el ejercicio de las armas de ganar prestigio social, obtener privilegios, favores reales, o algún tipo de exención de las cargas reales o señoriales, incluso la obtención de un feudo.⁴⁰

³⁷ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.55

³⁸ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 28

³⁹ *Ibidem* p. 27-28

⁴⁰ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.55

Es importante analizar cuáles eran los territorios que pertenecían al rey de Aragón y Pamplona en el momento en el que Alfonso se convierte sube al trono. El extremo oriental de estos dominios llegaba hasta el curso bajo del Cinca y sus afluentes, en donde una serie de castillos defendían esta zona, como Alcolea, Albalate, Ontiñena, Zaidín o Velilla de Cinca. Más hacia el oeste, entre los ríos Alcanadre y Flumen, la comarca de Huesca era protegida por las fortalezas de Sariñena, Almuniente, Piracés y Robres. No obstante, todavía más al este, la ciudad de Ejea en poder musulmán formaba un saliente hacia el norte, vigilada desde su borde septentrional por las plazas aragonesas de Luesia, Biel y Uncastillo. Ya dentro del reino de Pamplona, cerca del río Aragón bordeando las Bardenas se levantaban Santacara, Caparroso y Gallipienzo. Y en la frontera más occidental de todo el territorio controlado por Alfonso, se hallaban las plazas de Funes, Peralta, Arlas y Falces, en torno a la confluencia de los ríos Arga, Aragón y Ebro.⁴¹

Por otro lado, es también interesante reseñar, la existencia de varios castillos avanzados cuyo fin era el de vigilar y hostilizar, amenazando las grandes ciudades musulmanas del Ebro. Así pues, el Castellar y Juslibol emplazadas frente a Zaragoza (la Saraqusta musulmana), mientras que Milagros, Arguedas y el Pueyo de Sancho vigilaban Tudela.⁴²

Por último, dentro de esta amplia descripción de todos aquellos territorios en poder de Alfonso I al momento de subir al trono, merece también una especial mención en referencia a la geografía de frontera aquellas extensas áreas despobladas, que condicionaban enormemente las comunicaciones y por ende, los movimientos de los ejércitos; en este caso estas zonas despobladas serían los Monegros, las Bardenas y los Llanos de la Violada, los cuales constituían un obstáculo más difícil de atravesar incluso que ríos o castillos.⁴³

Habiendo expuesto ya cuales eran los territorios en poder del rey de Aragón y Pamplona allá por el año 1104, momento en el cual asciende al trono Alfonso, es menester analizar a groso modo cómo fue la política llevada a cabo por el Batallador en estos primeros 5 años, hasta el momento en el que casará con Urraca de Castilla, y sus nuevas obligaciones

⁴¹ Toda esta descripción territorial del último párrafo está sacada del libro de Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*

⁴² Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.56

⁴³ *Ibíd*em p.56

le alejarán del Valle del Ebro, obligándole a atender sus nuevos compromisos en la lejana Galicia, León o Castilla.

En primer lugar hay que decir que hasta el verano de 1105 la atención de Alfonso I se centró en consolidar la defensa y repoblación de las tierras recientemente conquistadas por sus inmediatos antecesores: Pedro I y Sancho Ramírez. En este sentido, concedió honores a diferentes miembros de la nobleza, a fin de asegurarse su fidelidad.⁴⁴

Una vez repoblados y asegurados estos nuevos territorios, el monarca puso sus ojos en la actual Comarca de las Cinco Villas, con el fin de llevar a cabo una política expansionista en la zona. Más concretamente fijó su atención en la ciudad musulmana de Sayya.⁴⁵ Es interesante hacer hincapié en la importancia estratégica que tenía la ciudad de Ejea (Sayya según los autores árabes) a comienzos del siglo XII, pues en primer era el único núcleo urbano de entidad que quedaba en poder musulmán en la orilla izquierda del valle medio del Ebro tras la caída de las plazas de Monzón, Huesca y Barbastro en manos de los cristianos; además su conquista consolidaría y protegería por el Occidente las conquistas oscenses llevadas a cabo por Pedro I.⁴⁶

Una vez conquistada Ejea, quizás durante la misma campaña de conquista, Alfonso I se lanzó sobre la plaza de Tauste, más al sur, también muy codiciada, pues su conquista podía suponer la obtención de una plaza estratégica situada en la vanguardia para vigilar las comunicaciones musulmanas en el valle del Ebro.⁴⁷ La creencia mayoritaria sobre la conquista de ambas plazas, Ejea y Tauste, sería que su conquista fue llevada a cabo entre los años 1105 y 1106, lo más probable es que respondiendo a una misma campaña de conquista sobre la actual Comarca de las Cinco Villas.

⁴⁴ *Ibidem* p.58

⁴⁵ Sayya era el nombre árabe con el cual los musulmanes llamaban a la Exea o Exeia de las fuentes cristianas, la Ejea actual.

⁴⁶ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.56

⁴⁷ La historiografía ha debatido mucho la fecha de conquista de estas dos plazas, Ejea y Tauste. Se cree que cayó primero Ejea, y poco después Tauste, de lo que sí que tenemos constancia es de que ya encontramos en noviembre del año 1106 en Ejea a un señor aragonés como tenente, llamado Lope López.

Otra área de expansión que suscitaba el interés del Batallador sería la codiciada ciudad de Lérida (la Medina Lárída para las fuentes musulmanas), en el Bajo Ebro, así como Balaguer. Esta región acarrea grandes dificultades para su conquista, tanto por los numerosos intereses que suscitaba su control por diferentes príncipes, ya que tanto el conde de Urgel, como los condes de Barcelona anhelaban su conquista; así como por la gran cantidad de castillos y fortificaciones musulmanas que habían sido edificadas en el antiguo distrito musulmán de Lérida, en la zona del bajo Cinca y el Segre.⁴⁸

En su intento de conquistar Balaguer, Alfonso I debió de establecer contactos con el conde leonés Pedro Ansúrez, quien más tarde jugará un papel fundamental, comprometiéndose el leonés a jurar fidelidad al monarca aragonés, a cambio de importantes concesiones y privilegios.

Por tanto tenemos como primeras iniciativas del rey de Aragón, las conquistas de las plazas musulmanas de Ejea y Tauste (1105-1106), con el fin de asegurar los avances en tierras oscenses llevados a cabo por su hermanastro Pedro I, así como su intento de expandir su influencia sobre las ciudades de Lérida y Balaguer, a orillas del Segre, momento en el cual entrará en contacto con Pedro Ansúrez, un noble leonés.

En el verano del año 1107, nos encontramos a Alfonso sitiando la ciudad de Tamarite (la Taubit musulmana), estando ya en manos aragonesas en noviembre del mismo año. Tamarite era uno de los husun musulmanes que protegían el distrito de Lérida, situada al este de Monzón, cuyo dominio facilitaría el acceso al valle del Segre a quien lo controlase.⁴⁹

Mención especial merece la política llevada a cabo por el Batallador en el Midi francés durante estos primeros años de reinado. Lo que sucedió en esta convulsa y rica región, es que la llamada del papa Urbano a la Primera Cruzada, en los últimos años del siglo XI, provocó que una gran cantidad de caballeros y nobles del Sur de Francia saliera partiera

⁴⁸ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.60

⁴⁹ *Ibíd*em p.68

rumbo a Palestina, hacia Tierra Santa para liberar los Santos Lugares. Este hecho provocó que muchas gentes se aprovecharan de esta circunstancia para medrar a costa de los cruzados, y hubo también quienes entraban en vasallaje de un príncipe poderoso de quien luego recibían sus propios dominios en feudo, con el fin de asegurarse la protección de sus tierras durante su ausencia.⁵⁰

Algo muy parecido le sucedió al conde Ramón IV de Tolosa, quien mientras estaba en Tierra Santa perdió Tolosa a manos del duque Guillermo de Aquitania, quien amenazado de excomunión por el papa tuvo que devolver el condado tolosano al hijo de Ramón, llamado Bertrán, en el año 1100. En marzo de 1109, imbuido Bertrán por el mismo espíritu de cruzado que su padre, partió a Tierra Santa, pero buscó antes de partir la protección de sus estados en la figura de Alfonso I. Así pues se presentó en Barbastro en mayo del año 1018, ofreciendo al monarca aragonés la entrega de las ciudades de Rodez, Agde, Narbona y Béziers, e incluso Tolosa si era recuperada, con todas las tierras del condado tolosano así como también las ciudades de Albi, Cahors, Carcasona, y la parte del condado de Foix perteneciente al conde de Tolosa. Todo ello a cambio de su protección y de que a su regreso el rey se las devolviera para que las tuviera en feudo, como feudatario suyo.⁵¹

No sólo el conde de Tolosa es el único cruzado del Midí que busca el apoyo del Batallador, existen más ejemplos, como es el del vizconde de Béziers, Bernardo Atón, quien regresando de Tierra Santa en el año 1105, se encuentra con que no puede solicitar la ayuda de su señor, el conde Bertrán de Tolosa, por estar éste en la Cruzada, acudiendo entonces al rey de Aragón y Pamplona, Alfonso I. Le vende entonces la ciudad y tierras de Razès, conservándola en feudo y convirtiéndose así en vasallo del monarca aragonés, comprometiéndose a partir de entonces a ayudarlo “contra todos los hombres bajo el cielo, excepto contra el conde de Tolosa y de Rodez”.⁵²

Se ha de decir, que Bernardo Atón, así como otros muchos señores occitanos del Midí, siguiendo sus obligaciones de vasallaje como vasallo de Alfonso I, se dirigirá hacia los

⁵⁰ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 32

⁵¹ Ibídem p.31

⁵² Ibídem p.32

dominios del aragonés para apoyarle años más tarde cuando se estén dando los preparativos para el asedio y toma definitiva de Zaragoza (1118).

La importancia que va a tener por tanto la política emprendida por el Batallador en el sur de Francia en estos primeros años del reinado, ejerciendo como árbitro y protector de las posesiones de muchos señores que emprenderán la Cruzada a Tierra Santa, será fundamental para entender la tremenda contribución que harán estos mismos vasallos del sur de Francia a las conquistas del Batallador, años más tarde, en sus campañas de conquista por el valle del Ebro, enriqueciéndose numerosos de estos nobles occitanos con los nuevos territorios arrebatados a los musulmanes, pues Alfonso I será generoso en la recompensa para aquellos que le ayudaron en sus campañas.

7-MATRIMONIO CON URRACA Y POLÍTICA CASTELLANA (1109-1114)

Alfonso I no sólo fue requerido en el Midí francés, sino que también fue llamado 5 años después de ascender al trono de Aragón y Pamplona para atender los asuntos en Castilla. La situación en los reinos de León y Castilla era extremadamente grave, pues acababa de encontrar la muerte el infante don Sancho en la Batalla de Uclés (1108) a manos de los almorávides.

El “Desastre de Uclés”, no sólo dejaba sin un heredero varón al viejo rey Alfonso VI, si no que quedaba todo el reino en una situación muy delicada. Lo cierto es que toda la Península estaba en estos momentos bajo la amenaza del imperio almorávide, quienes después de haber sometido a los reinos de taifas salvo el de Saraqusta (la taifa saraqustí con al-Muqtádir como soberano era el único reino de taifa que había sobrevivido a la dominación almorávide), concentraban su esfuerzos en presionar a los reinos cristianos.⁵³ Los nuevos invasores africanos habían por un lado frenado las victorias de Alfonso VI en Castilla, y por otro lado haciendo estériles los éxitos del Cid en Levante, en donde su

⁵³ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p.33

mujer Jimena se había visto obligada a evacuar Valencia ante la imposibilidad de ser defendida por Alfonso VI (1101).⁵⁴

Lo cierto es que ante esta situación, sólo se presentaba Alfonso I como el único hombre fuerte de la Cristiandad Hispana, sobre todo después de haber arrebatado a los musulmanes la importante plaza de Exea. El monarca aragonés era pues la persona idónea para casar con la heredera viuda del viejo rey Alfonso VI, era pues el hombre perfecto para ejercer el mando del ejército y dirigir la defensa de las fronteras amenazadas.⁵⁵

En aquel verano de 1108 no obstante, se distinguían dos claras tendencias en la corte sobre quién era el hombre idóneo para casar con Urraca y ocupar el trono de Castilla y de León. Por un lado había una tendencia secundada por los eclesiásticos a cuya cabeza estaba el arzobispo de Toledo, Bernardo, quienes se inclinaban hacia el rey de Aragón en su elección; y por otro lado estaban una serie de nobles quienes proponían al conde Gómez González como el candidato para desposarse con Urraca.⁵⁶

Finalmente Alfonso VI se decidió por el Batallador, quien no podía dejar pasar la oportunidad de semejante enlace, por el cual los dos reinos cristianos peninsulares quedarían unidos por vía matrimonial, lo cual le permitirá aunar fuerzas para hacer frente al enemigo almorávide, y además poder proseguir de manera exitosa sus anhelos de guerrero cruzado.⁵⁷ Poco después de tomar esta decisión, Alfonso VI muere, el día 30 de junio de 1109

Sobre Urraca se ha de decir en primer lugar que ya había casado antes, con el conde Raimundo de Borgoña, de cuyo matrimonio había nacido el infante Alfonso Raimundez. Este matrimonio había pasado largos años en tierras gallegas, alejados de la corte, pues

⁵⁴ *Ibíd*em p.36

⁵⁵ *Ibíd*em p.34

⁵⁶ *Ibíd*em p.34

⁵⁷ *Ibíd*em p.35

Raimundo no contaba con la simpatía de Alfonso VI, no sin motivos, ya que el borgoñés conspiraba con su primo Enrique, quien era conde de Portugal.⁵⁸

Raimundo de Borgoña moría a causa de una enfermedad a finales de 1107, quedando Urraca viuda, pero fue la posterior muerte del infante don Sancho al año siguiente lo que le convirtió en la heredera de Alfonso VI, su anciano padre, quien reinaba en León y en Castilla.

Una vez fue enterrado Alfonso VI en Sahagún el mes de agosto de 1109, se preparó la boda entre Urraca y Alfonso I Rey de Aragón y Pamplona, la cual tendrá lugar en el otoño de ese mismo año en el castillo de Muñó, cerca de Burgos. Alfonso y Urraca reunían con su matrimonio los reinos de Pamplona, Aragón, León y Castilla, un matrimonio lleno de altibajos y desencuentros, que terminará por fracasar.

Sería ahora el momento de hacer una breve recapitulación de estos cinco primeros años de reinado del Batallador, antes de contraer matrimonio con Urraca y entrar en la complicada política castellanoleonesa. A la altura de 1109, el balance general era muy positivo para el rey de Aragón y Pamplona: había conseguido sacar partido del progresivo debilitamiento de la taifa saraqustí, arrebatándole plazas importantes como Ejea o Tamarite, desafiando también a los musulmanes del distrito de Lérida con cierto éxito; mantenía unas muy buenas relaciones con viejos aliados de su dinastía como eran los condes de Urgel; las negociaciones que había tenido con Pedro Ansúrez para intervenir sobre Balaguer le relacionaban también con una de las familias de la nobleza leonesa más poderosas; su prestigio se extendía hasta las comarcas del Midí francés, haciéndose reconocer en tierras del valle de Arán; había reforzado también los vínculos tradicionales de su casa con instituciones eclesiásticas privilegiadas como era el monasterio de San Juan de la Peña; y finalmente, consiguió afianzar y consolidar los éxitos de su hermanastro Pedro, asentando el dominio aragonés sobre las tierras de Huesca, Monzón y Barbastro, territorios en donde se concentraron sus esfuerzos repobladores.⁵⁹

⁵⁸ Ibídem p.36

⁵⁹ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. pp.77-78

A pesar de todos estos éxitos conseguidos en los primeros años de su reinado, se avecinaban tiempos aciagos. Lo cierto es que a partir del otoño de 1109 Alfonso I se vio inmerso en una constante y agotadora lucha por asentar su autoridad en los reinos de León y Castilla, en donde muchos rivales muy poderosos se la negaron, en defensa de Urraca y los derechos de Alfonso Raimundez, hijo nacido de su primer matrimonio con el conde Raimundo de Borgoña. Aunque obtuvo algunas ventajas de esta lucha, el esfuerzo contante y desgastador lo que hizo fue debilitar sus fuerzas y distraerle de sus antiguos asuntos en sus estados patrimoniales que sólo pudieron ser atendidos de manera muy intermitente hasta 1117, en un momento crítico para las tierras del valle del Ebro ya que los almorávides estaban haciendo acto de presencia en la región, aumentando su presión sobre estas tierras.⁶⁰

Lo cierto es que en el año 1110 se dio un acontecimiento que sería determinante para dibujar el futuro del valle del Ebro. La taifa de Saraqusta había conseguido sobrevivir al arrollador avance de los almorávides desde el sur, y Al-Mustaín de la dinastía de los Banu Hud se mantenía en el poder a pesar de haber perdido a manos de los aragoneses (quienes presionaban desde el norte) plazas en su frontera septentrional tan importantes como Monzón, Barbastro o Ejea. Esto suponía un tremendo desprestigio para su dinastía, y en el año 1110 se decidió a salir de su castillo de Rueda de Jalón acompañado de un gran ejército para saquear el territorio enemigo mediante una gran incursión.⁶¹

Sobre esta campaña de saqueo de Al-Mustaín, el cronista musulmán Ibn Idari nos dice que “destruyó, quemó, mató, cautivó y se volvió a su país”. Cuando se retiraba hacia sus bases en el valle del Ebro, fue sorprendido a la altura de Valtierra, no lejos de Tudela, por un ejército de aragoneses y navarros, encontrando la muerte en la contienda.⁶²

Le sucederá su hijo Abd al-Malik, quien será conocido con el sobrenombre de Imad al-Dawla, que quiere decir “el Pilar de la Dinastía”, lo cual no deja de ser curioso, puesto que fue el último Banu Hud en gobernar sobre la “Ciudad Blanca”, como era nombrada en multitud de ocasiones Zaragoza por los cronistas musulmanes. Tras la muerte de Al-

⁶⁰ *Ibíd*em p.79

⁶¹ Es importante destacar el hecho de que estos últimos monarcas hudíes ya no tenían su corte en la ciudad de Zaragoza, en donde no se sentían seguros, y trasladaron su residencia hacia el sur, a orillas del Jalón, al castillo de Rueda de Jalón, con el fin de sentirse protegidos.

⁶² Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.81

Mustaín, los partidarios de los almorávides aumentaron, y finalmente consiguieron imponerse, consiguiendo llamar a los almorávides, a quienes se les abrieron las puertas al llegar a Zaragoza. Así pues, el 31 de mayo de 1110 el nuevo gobernador almorávide de Valencia, Ibn Fatima, entró en la ciudad de Zaragoza y se apoderó de ella, sin tener para ello que luchar. Los almorávides dominaban ahora ciudades tan importantes como Tudela, Zaragoza y Calatayud, y el emir almorávide Alí ben Yusuf, al anexionarse la taifa saraqustí asumía el deber de defender la frontera del valle medio del Ebro combatiendo a navarros y aragoneses.⁶³ Por su parte, el destronado al Malik, se mantuvo en su castillo de Rueda y mantuvo algunas plazas como Borja, desempeñando todavía un papel político notable en la zona, estableciendo relaciones con los cristianos.

Por otro lado, volviendo sobre la figura de Alfonso el Batallador, los años en los que estuvo casado con Urraca se vio en la obligación de hacerse cargo de un sinnúmero de obligaciones y asuntos complejos concernientes a la política de los reinos de León y de Castilla. Sería muy complicado abordar en este trabajo todo lo que respecta a esos años de reinado, pues se dieron muchos encuentros y desencuentros con la nobleza de estas tierras, sobre todo con la arrogante nobleza leonesa. Sí que es menester destacar, que el matrimonio ya contó desde sus comienzos con una serie de detractores, que complicaron aún más la difícil relación entre ambos cónyuges. Entre los enemigos del matrimonio, se ha de destacar la figura del conde de Traba, quien pronto va a protestar contra el legítimo monarca aragonés, pues el conde de Traba era quien había estado encargado de la tutela y la crianza de Alfonso Raimúndez.⁶⁴

Alfonso Raimúndez también contará con el apoyo del arzobispo de Santiago, así como el alto clero; este partido trataba de dejar bien claros los derechos del hijo de Urraca al trono de Galicia, así como una eventual sucesión a los reinos de León y Castilla, por lo que no había rebelión al levantar la bandera del borgoñés, según ellos.⁶⁵

Otros conocidos opositores al matrimonio entre Alfonso y Urraca fueron los condes de Portugal: Teresa, hermana bastarda de Urraca, y su marido el borgoñés Enrique, primo por cierto del fallecido Raimundo de Borgoña, el anterior marido de Urraca. El posible

⁶³ *Ibídem* 83

⁶⁴ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 39

⁶⁵ *Ibídem*. p. 39

hijo entre Urraca y el Batallador heredaría una extensa corona que abarcaría desde Galicia hasta el Cinca, anulando así los sueños de expansión e independencia de los condes de Portugal, por lo que Tersa y Enrique jamás dejarán de intervenir para perjudicar en todo lo posible el matrimonio entre Urraca y Alfonso.⁶⁶

Las divergencias entre ambos cónyuges fueron tales, que incluso llegaron a enfrentarse en la batalla de Candespina, en donde el Batallador se alzó victorioso sobre una coalición de nobles castellanos, leoneses y gallegos que defendían a la reina Urraca, aunque la aplastante victoria del aragonés no tuvo mayores consecuencias.

La situación del matrimonio cada vez se iba tornando más aciaga. Alfonso acaba desengañándose de tantas luchas estériles que conducían a nada ya que su sueño de una cooperación de los dos grandes reinos peninsulares en una empresa común resultaba insostenible y se mostraba imposible; además habría que añadir la cada vez mayor presión que ejercían los obispos sobre la religiosa conciencia del monarca aragonés, alegando que el matrimonio era nulo debido a la consanguineidad de los cónyuges.⁶⁷

Finalmente se convocó una reunión episcopal que tuvo lugar en León el 18 de octubre del año 1114, en la que se dispuso entre otras cosas que “aquellos que se unieron siendo consanguíneos o parientes, sepárense irremisiblemente o sean excomulgados”, ordenándose además que lo acordado en el concilio debía cumplirse en “Tierra de Campos o en Castilla, en Portugal o en Galicia, en las Extremaduras o en Aragón. Bajo pena de anatema”.⁶⁸

Tras esto, y según la *Crónica de San Juan de la Peña*, el Batallador condujo a Urraca hasta Soria entregándola a los castellanos “porque no quería vivir en pecado con ella”.

⁶⁶ *Ibíd*em p.39

⁶⁷ *Ibíd*em p.60

⁶⁸ *Ibíd*em p.60

El monarca aragonés repudiaba de esta manera a su esposa Urraca, dándose por finalizado tan tormentoso matrimonio, que distrajo al Batallador de sus asuntos en el valle del Ebro durante cinco largos años (1109-1114).

No obstante, durante varios años todavía siguió utilizando los títulos de rey de Castilla y el de “imperator”, emulando el título que habían utilizado antaño los reyes de León de “imperator totius Hispaniae” (Emperador de toda España), mientras que Urraca se decía reinar en León y en Galicia.⁶⁹

8-HACIA LA CONQUISTA DE SARAQUSTA

Tras repudiar a Urraca, el Batallador podía volver a mirar hacia sus estados patrimoniales, y centrarse nuevamente en sus conquistas por el valle del Ebro, en donde se divisaba ya un claro objetivo: la toma de Zaragoza, la Saraqusta de los musulmanes.

La Zaragoza de principios del siglo XII era una de las ciudades más importantes de Al-Ándalus, sólo superado por Sevilla y Córdoba.⁷⁰

Lo cierto es que entre los años 1117 y 1121, en el transcurso de apenas cuatro años, el ritmo de los acontecimientos se aceleró, y las conquistas del Batallador fueron frenéticas. En este pequeño lapso de tiempo el monarca aragonés tomó las importantes ciudades de Zaragoza, Tudela, Calatayud y Daroca. Esta gran ampliación de los territorios ofreció a amplios sectores de la nobleza grandes posibilidades de ascenso y enriquecimiento, nobles venidos incluso del otro lado de los Pirineos, empezando a dar forma a Aragón tal y como lo conocemos hoy en día.⁷¹

⁶⁹ Ibídem p.62

⁷⁰ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.108

⁷¹ Ibídem p.105

La toma de Zaragoza fue el acontecimiento más militar más importante por aquellos tiempos después de la conquista de Toledo por Alfonso VI, y presentaba enormes dificultades. En primer lugar era menester contar con las bases suficientes en la orilla derecha del río Ebro, pues Zaragoza estaba situada precisamente en ese lado del río, al otro lado. Estas bases eran necesarias no sólo para completar el cerco a la ciudad, si no para rechazar a los posibles ejércitos almorávides que llegaran desde el sur para socorrer a la ciudad. Además también era necesario contar con los medios técnicos suficientes para asaltar las imponentes murallas de origen romano que protegían la ciudad.⁷²

Además de todas estas dificultades, Alfonso era consciente de que no podía emprender el asedio si sólo disponía de los recursos militares de sus reinos hereditarios: Aragón y Pamplona, por lo que necesitaba ayuda del exterior. Esta ayuda iba a venir de regiones situadas al otro lado de los Pirineos, así Gascuña, Languedoc y Aquitania fueron los principales lugares desde donde llegaron numerosos combatientes para participar en la “cruzada” hacia Zaragoza⁷³.

La captación a gran escala de todos estos combatientes francos requería de una tremenda labor de propaganda que la Santa Sede se encargó de llevar a cabo, de manera similar a como ocurrió durante la Primera Cruzada (1095-1099), esforzándose por estimular las pasiones guerreras.⁷⁴

Ya en julio de 1117 el Batallador se encontraba ante las murallas de Zaragoza, acompañado del vizconde Gastón de Bearn y su hermano Céntulo de Bigorra, con el fin de tantear las fuerzas enemigas y reconocer las murallas. Tanto Gastón como Céntulo viajarían al sur de Francia a llevar noticias, comunicando su entusiasmo a otros señores de la zona, y a comienzos del año siguiente se reunió un concilio en Toulouse en el cual se aprobó la expedición hacia España, la cual alcanzaba honores de cruzada.⁷⁵

⁷² Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 67

⁷³ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.113

⁷⁴ Ibídem p.114

⁷⁵ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 67

Recordemos que todavía estaba muy reciente en las memorias el recuerdo de la gloriosa y triunfante Primera Cruzada que había conseguido liberar Jerusalén, cruzada en la cual participó dicho sea de paso Gastón de Bearn, quien en la toma de Zaragoza aportará sus conocimientos adquiridos en las campañas en Tierra Santa.

El vizconde de Carcasona, Bernard Atón, quien también había estado en Tierra Santa como cruzado, cumpliendo sus deberes de vasallo hacia el rey de Aragón, se preparaba para marchar hacia Zaragoza, dictando testamento el 7 de mayo de 1118, antes de partir.⁷⁶

Es muy interesante destacar cómo los cronistas musulmanes nos describían tan magno ejército, compuesto por gentes venidas de todos los rincones; así estos cronistas nos dicen que “se colocaron bajo su estandarte como enjambres de langostas u hormigas”.

En definitiva, algunos de los señores feudales ultrapirenaicos que acudieron a las filas del Batallador serían: el ya citado vizconde Gastón de Bearn y su hermano Céntulo, conde de Bigorra; el conde de Comminges Bernard; el vizconde Pere de Gabarret; Auger el vizconde de Miramont; Arnaldo de Lavedan; o Guy de Lons obispo de Lescar, entre otros. De todos ellos la figura más destacada era Gastón de Bearn, casado con Talesa, prima por línea bastarde del rey de Aragón.⁷⁷

El asedio de Zaragoza daría comienzo el día 22 de mayo, y en él se emplearía material bélico específico como torres de madera de asedio, veinte almajaneques, y otra serie de maquinaria de sitio, traída en su mayor parte por los de Bearn, pues Gastón tenía un gran conocimiento y habilidad en este arte, que puso en práctica también en 1099 durante el asedio y posterior toma de Jerusalén.⁷⁸

⁷⁶ *Ibídem* p.67

⁷⁷ *Ibídem* p.68

⁷⁸ *Ibídem* p.68

Finalmente, tras siete largos meses de asedio, la ciudad se entregó el día 18 de diciembre, siendo nombrado señor de Zaragoza Gastón de Bearn, por su contribución indispensable a la toma de la plaza, quien seguramente fue el principal artífice de la conquista.⁷⁹

Sobre la capitulación, es interesante reseñar las facilidades y concesiones que dio el Batallador a la población musulmana saraquistí. Así pues, los musulmanes que quisieran quedarse podían hacerlo sin ser molestados, pagando los mismos impuestos que habían pagado hasta ahora, mientras que los que quisieran marcharse podían también hacerlo con entera libertad, aunque los que se quedaran pasado un año deberían abandonar sus casas e irse a vivir al “arrabal de curtidores”⁸⁰

Lo cierto es que vale la pena citar al cronista árabe Ibn al-Kardabus, quien es contemporáneo a los hechos, pues escribe en la segunda mitad del siglo XII, y refiere la caballerosidad y generosidad de Alfonso I para con los vencidos. En este sentido, Ibn al-Kardabus no cuenta que “cuando estaba dispuesta la multitud (de musulmanes) para la marcha, cabalgó el rey cristiano fuera de la ciudad con su escolta y, presentándose ante los emigrantes, les ordenó formar en filas y mostrarle cuantos bienes, grandes o pequeños, llevara cada uno consigo”. Al ser exhibidos oros y tesoros sin cuento, aun sabiendo el rey que no volvería a ver jamás tal cantidad de riquezas, les dijo: “si no hubiera pedido que me enseñarais las riquezas que cada cual lleva consigo, hubieses podido decir: el rey no sabía lo que teníamos; en otro caso no nos hubiese dejado ir tan fácilmente”. Y sentenció finalmente el Batallador: “ahora podéis ir a donde os plazca en completa seguridad”, enviando además un cuerpo expedicionario que los escoltara hasta las fronteras de sus dominios, en donde no se les obligó a pagar ninguna pecha, la cual estaban obligados a pagar todos, hombres, mujeres y niños, antes de salir.⁸¹

Ibn al-Kardabus termina diciendo: “desde ese día hasta el de su muerte Dios permitió que este insolente cristiano venciera siempre a los musulmanes”.

⁷⁹ Según una crónica francesa la capitulación de la ciudad se acordaría el día 11 de diciembre, entrando el monarca aragonés el día 18 a visitar la Aljafería y al día siguiente tomaría posesión de la Zuda o palacio gubernamental, que se encontraba adosado a la propia muralla de Zaragoza.

⁸⁰ *Ibídem* p.72

⁸¹ *Ibídem* p.72

Este cronista árabe nos aporta pues una información fundamental para darnos cuenta del grado de generosidad y caballerosidad con el que trató a los vencidos el monarca aragonés tras la toma de Zaragoza en 1118.

La caída de Zaragoza suponía también la sumisión de todo el reino taifal de Saraqusta que durante el siglo XI había dominado la dinastía de los Banu Hud. Alfonso por tanto sólo tenía que centrar sus objetivos en tomar las poblaciones más importantes en donde se habían asentado los almorávides, que eran Tudela, Tarazona, Borja y Calatayud.

Precisamente hacia Tudela se dirigió rápidamente la hueste del rey tan pronto como fue sometida Zaragoza, entregándose el 25 de febrero de 1119 y firmándose en marzo un pacto de capitulación muy similar al de Zaragoza. Poco después fue tomada Tarazona, resistiendo Borja como un enclave aislado seguramente hasta el año 1124, y finalmente el monarca aragonés se dirigió hacia Calatayud en la primavera de 1120.⁸²

Mientras todo esto sucedía, los almorávides habían estado levantando un gran ejército durante el invierno de 1119 a 1120 con el fin de recuperar la ciudad de Saraqusta para el islam. Este gran ejército estaba integrado por musulmanes de todos los lugares: Granada, Valencia, Murcia, Lérida, incluso de Molina de Aragón acudieron musulmanes para integrar las filas de semejante ejército. Alfonso se vio en la obligación de posponer el asedio de Calatayud, y se dirigió al encuentro de los almorávides, a la gran batalla campal de su tiempo que iba a dirimir el futuro del valle del Ebro para siempre. La tremenda choque de los dos ejércitos tuvo lugar el día 17 de junio de 1120, en Cutanda, cerca de Calamocha, en donde Alfonso el Batallador se impuso como no podía ser de otra manera al enemigo infiel, masacrando a los almorávides en buena lid.

Lo cierto es que las consecuencias de esta gran victoria fueron muchas, pues en primer lugar Alfonso pudo contar con tiempo para consolidar sus conquistas e incluso ampliarlas, ocupando Calatayud el 24 de junio de ese mismo año y Daroca más tarde, teniendo las cuencas del Jalón y del Jiloca en su poder, llevando la frontera hasta Monreal del Campo y Singra, quedando de este modo abierta la ruta hacia el Levante.⁸³

⁸² Ibídem p.73

⁸³ Ibídem p.74

La victoria de Cutanda del año 1120 en definitiva decidió la suerte de todos los territorios hasta ahora conquistados pero que se mantenían de forma insegura a merced del peligro almorávide, pues jamás los almorávides se volvieron a atrever después de Cutanda a intentar una ofensiva para recuperar el valle medio del Ebro y la ciudad de Saraqusta.

9-LAS COFRADÍAS DE BELCHITE Y MONREAL

Una vez el Batallador había conseguido tomar Zaragoza y someter numerosas plazas a lo largo del valle medio del Ebro, se enfrentaba a un problema fundamental, y era el de poder defender tan vasto territorio recientemente ganado y tan expuesto a razzias e incursiones del enemigo. Su nueva frontera con los almorávides le preocupaba enormemente, era menester consolidar sus conquistas y defender esos territorios.

Puso especial atención en el enclave de Belchite, de enorme importancia pero tremendamente expuesto al enemigo. Sus pobladores habían recibido a finales del 1119 un fuero con extraordinarios privilegios y concesiones, pero la dureza de la vida en este sector hacía necesaria un tipo de combatiente especial, fuertemente motivado y muy disciplinado, y el rey pensó en establecer en Belchite una institución que permitía asociar a laicos y eclesiásticos con fines devotos: la cofradía.⁸⁴ La cofradía podía ser de muchos tipos, pero la cofradía de Belchite tenía una característica muy peculiar, y esa era su función militar, similar a las instituciones que se estaban generando por aquella época de manera paralela en tierra Santa, en donde una asociación de caballeros se estaba gestando en el reino cruzado de Jerusalén con la finalidad de proteger a los peregrinos que visitaban los santos lugares; esta asociación de caballeros irá desarrollándose y ganando adeptos hasta convertirse en una de las instituciones más ricas y poderosas de toda la Cristiandad, ésta era la Orden del Temple.⁸⁵

⁸⁴ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.171

⁸⁵ La Orden del Temple o del Templo, fue fundada por el noble francés Hugo de Payns en el año 1118 junto a 8 caballeros más, con el nombre de La Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de

Lo cierto es que Belchite se levantaba en medio de una región deshabitada y constituía una avanzadilla defensiva de la ciudad de Zaragoza. El mando de la plaza y la defensa de estas tierras fue confiado a Galín Sanz de por vida, y a sus descendientes, concediendo el Batallador además a sus habitantes fueros excepcionales con el fin de atraer pobladores a la región para su repoblación y defensa frente a posibles incursiones de los almorávides.⁸⁶

Como he dicho, a parte de la concesión de fueros y concesiones tremendamente ventajosos a los pobladores de Belchite, también el monarca aragonés decidió establecer una cofradía militar en la localidad, consiguiendo de este modo aumentar el grado de fanatismo de los combatientes. Alfonso I no escatimó esfuerzos para impulsar este proyecto, y hacia finales del año 1122 convocó una gran asamblea de prelados a la cual acudieron casi todos los obispos de sus reinos: acudió el obispo de Huesca, el de Barbastro, el de Tarazona, también el de Zaragoza o el de Calahorra, además del abad de Leira; también llegaron altos cargos eclesiásticos del otro lado de los Pirineos, como fue el caso del obispo de Lescar, Guido, quien ya había acudido a anteriores empresas militares lideradas por el Batallador, o el arzobispo de Auch, quien también se dio cita en tan magna reunión; también acudieron el arzobispo de Tarragona, el arzobispo de Santiago Gelmírez, y los prelados de Segovia y Sigüenza.⁸⁷ Vemos claramente con esto que Alfonso buscaba el apoyo eclesiástico para dar consistencia y firmeza a la nueva institución que estaba creando en Belchite para la defensa y repoblación de esta nueva frontera con los musulmanes.

Tenemos aquí además otro ejemplo de la importancia que tuvieron muchas gentes venidas del otro lado de los Pirineos en las empresas del monarca aragonés, pues estuvieron presentes en la asamblea como ya he citado el arzobispo de Auch o el obispo de Lescar entre otros.

Los cofrades de Belchite, según la carta fundacional de la cofradía, se comprometían a estar dedicados de por vida al servicio de Dios, quedando exentos de prestar al rey ningún

Salomón; más conocida como la Orden del Templo o del Temple, por su localización en el Templo de Salomón.

⁸⁶ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 75

⁸⁷ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.172

servicio que fuese dirigido contra los cristianos. Todo lo ganado a los moros, ya fuera en dinero o en tierras, sería de su exclusiva propiedad, pudiendo poblar estas tierras libremente para su adecuada defensa; del botín obtenido nada que tenían que entregar al rey, y las ciudades, villas y castillos conquistadas pasaban directamente a pleno dominio de la Cofradía; además todo el que atacara a alguno de los cofrades debería pagar al rey como multa 5000 maravedís de oro.⁸⁸ Además, la carta fundacional distinguía dos clases de miembros: temporales y los perpetuos, regulando además el tiempo de servicio prestado y la indulgencia otorgada en algunas de sus cláusulas.

Lo que es importante destacar es que Alfonso está intentando plasmar el ideal cruzado y las grandes Órdenes Militares de caballeros que se están gestando en Tierra Santa, asentándose así una tradición de combate que contribuía a reforzar el fanatismo. Dada la peligrosidad de la zona, se ha de pensar en una vida de constante tensión, estado de alerta e inseguridad permanente, formando parte del día de día de los pobladores las escaramuzas y pequeños combates, lanzando algaradas por el Bajo Aragón y el Levante en busca de botín; en este sentido todos los incentivos que el monarca pudiera ofrecer a los miembros de la cofradía y a los pobladores de Belchite eran pocos.⁸⁹

Finalmente se ha de hacer hincapié en el hecho de que a pesar de las similitudes iniciales con la Orden del Templo fundada en Jerusalén en 1120, la orden de los caballeros templarios tenía una finalidad inicial basada en la vigilancia de los caminos de peregrinación que iban desde el puerto de Jaffa hasta Jerusalén, y en la protección de los peregrinos que los transitaban, por tanto una mentalidad ante todo defensiva, de protección y seguridad; mientras que en la mente del Batallador, la Cofradía de Belchite es esencialmente combativa, pues aunque tenía también deberes de defensa y repoblación del territorio, su principal fin era el de conseguir abrir una ruta desde Zaragoza hasta el mar para, una vez en la costa, poder embarcar hacia Jerusalén.⁹⁰ Los dos caminos posibles para alcanzar el Mediterráneo desde allí eran dos: por un lado estaba el camino que seguía

⁸⁸ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 76

⁸⁹ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.173

⁹⁰ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 77

el curso del Ebro, hacia el este; y por otro lado estaba el camino hacia Valencia, más al sur. Por ambos caminos llevaría a cabo ataques el incansable monarca aragonés con el fin de conseguir llegar hasta el mar, y poder embarcar rumbo a la Ciudad Santa, Jerusalén, cumpliendo así su ideal cruzado.⁹¹

Aparte de la cofradía de Belchite, el Batallador fundó también otra más al sur, en Monreal del Campo. En el año 1124 el monarca aragonés dirigió una campaña hacia el sur, internándose por comarcas cada vez menos pobladas, por lugares “impracticables, yermos e inhabitables”, alcanzando en septiembre de 1124 Monreal del Campo, a orillas del Jiloca, en un valle de difícil acceso flanqueado al este y al oeste por elevadas sierras.⁹²

Al igual que Belchite, el enclave de Monreal constituía un puesto avanzado, una base desde la que lanzar incursiones para las futuras conquistas en el Levante y abrirse camino hacia el mar, sirviendo también como punto de paso de la gran hueste que al año siguiente el Batallador lanzaría sobre Granada con el fin de instaurar en dicha región un principado cristiano que hostilizara a los musulmanes del sur de la Península.⁹³ En este contexto va a surgir la Cofradía de Monreal, la cual se definía a sí misma como “Milicia de Cristo”.

Los objetivos asumidos por esta milicia no se limitaban a la guerra y a la expansión militar, pues los cofrades debían asistir también a los viajeros por el Bajo Aragón, teniendo una vasta extensión de territorio sobre el que poder actuar. El monarca aragonés puso un gran empeño por fomentar el crecimiento de su nueva fundación, “la milicia de Dios”, hasta el punto de ordenarse caballero de la cofradía, con el objetivo de así poder aumentar rápidamente el prestigio de dicha milicia y atraer a muchas gentes a la nueva Cofradía de Monreal; no obstante, por lo que respecta a los privilegios y posibles ganancias, el Batallador ofreció incentivos materiales que dependían de las conquistas

⁹¹ *Ibídem* p.77

⁹² Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.184

⁹³ *Ibídem* p.184

llevadas a cabo y que espoleasen el espíritu combativo de la milicia, y no tanto ayudas económicas inmediatas para los nuevos miembros.⁹⁴

Alfonso I, al igual que en Belchite, puso en Monreal y en la cofradía militar que allí fundó muchos esfuerzos, y se encargó además de repoblar adecuadamente la franja de territorio entre los ríos Jalón y Huerva. Este territorio era de vital importancia para asegurar la defensa por el sur de Zaragoza y también para asegurar las comunicaciones entre esta gran ciudad y sus nuevos dominios en el Bajo Aragón, disminuyendo así también la exposición y soledad que tenía Belchite en la frontera sur de sus posesiones.⁹⁵

El monarca aragonés emitió en diciembre del año 1124 una carta de población destinada a favorecer el asentamiento en el valle del Huerva, como he dicho de vital importancia, así como también se ocupó de fortalecer la línea del Huerva frente a posibles incursiones desde el sur por parte de los almorávides mediante la edificación o reconstrucción de una tupida red castillos.⁹⁶

10-EXPEDICIÓN A GRANADA

La gran expedición que llevó a cabo Alfonso I por tierras del Levante, Murcia y Andalucía, en la cual logró “rescatar” a miles de “cristianos” (mozárabes) que se hallaban sometidos bajo el yugo almorávide, le ha reportado gran fama a este monarca, pero no fue tan heroica ni tan exitosa como algunos han pretendido defender, con el fin de mitificar todavía más la figura del Batallador.⁹⁷ Trataré en las siguientes líneas desmontar en la medida de lo posible este mito, y analizar dicha expedición lo más fielmente posible a la realidad de los hechos.

⁹⁴ *Ibíd*em p.185

⁹⁵ *Ibíd*em p.187

⁹⁶ *Ibíd*em p.187-188

⁹⁷ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 83

El tremendo avance de las tropas del Batallador planteaba dos problemas inmediatos: la repoblación de las zonas recientemente conquistadas y la defensa de las fronteras; ambos problemas estaban estrechamente ligados. Lo cierto es que seguramente tras la gran victoria de Cutanda del año 1120 sobre los almorávides, el monarca aragonés empezaría a pensar en la posibilidad de internarse al mando de una gran hueste en territorio enemigo, muy hacia el sur, con el fin también de que se le unieran mozárabes que estaban sometidos por los almorávides en las lejanas tierras de Andalucía, mozárabes de los que se valdría para repoblar todo el inmenso territorio recientemente arrebatado a los musulmanes en el Bajo Aragón.⁹⁸

En el invierno del año 1124 el Batallador va a preparar una arriesgada expedición hacia el sur, poco conocida por la historiografía. Su campaña será dirigida hacia la Peña Cadiella que aparece en el poema del Cid, que correspondería a la actual Benicadell. Esta zona tenía un gran valor estratégico, pues era una cumbre en el valle de Albaida que defendía el paso natural entre la huerta valenciana y la alicantina. Es por este paso por donde los ejércitos almorávides cruzaban hacia cuando se dirigían hacia Valencia, por esta razón el Campeador se había encargado allá por el año 1091 de reedificar su castillo, con el fin de constituir una avanzadilla defensiva que defendiera su reciente estado independiente de Valencia. Hacia allí se dirigieron también en el invierno del año 1096 el por entonces rey de Aragón Pedro I y el infante Alfonso, acudiendo en socorro del Cid.

Es por esta razón por la cual como señala acertadamente Lacarra, Alfonso I conocía perfectamente estas regiones cuando dirigió a sus huestes en expediciones a través de Valencia hacia Granada, sabedor de tener en su posesión el importante paso de Peña Cadiella, hacia donde enviará una gran hueste de sus mejores hombres en el invierno que transcurrió entre los años 1124 y 1125, entre los que se contaban tanto caballeros aragoneses, como normandos o francos. Los nombres propios que integraban esta expedición serían entre otros el conde de Rotrou del Perche, Gastón de Bearn, el señor de Belchite Galindo Sánchez que llevó consigo a cofrades de dicha orden, el obispo de Zaragoza, Rainald de Bailleul o Silvestre de Saint-Calais.⁹⁹

⁹⁸ Esta idea de que tras la victoria de Cutanda de 1120 Alfonso empezaría ya a maquinar una gran expedición al sur, internándose en territorio enemigo, la expone Lacarra en su libro de Alfonso el Batallador (1978), editorial Guara, p. 83

⁹⁹ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza : Guara, D.L. 1978. p. 86

Vemos nuevamente otro ejemplo de la importante presencia de caballeros francos o incluso normandos en las campañas militares del Batallador, no sólo aragoneses y navarros.

Es interesante destacar al hilo de todo esto la figura de Orderic Vital, cronista normando contemporáneo a los hechos, quien trata de presentar en sus crónicas esta campaña hacia Peña Cadiella como una empresa netamente normanda, argumentando que la posterior campaña del Batallador hacia tierras andaluzas la llevará a cabo con el fin de superar ésta, y resarcirse. No obstante, se ha de poner en tela de juicio esta visión partidista de Orderic Vital, quien trata de exaltar al máximo en sus crónicas la labor de los normandos.¹⁰⁰

Sobre la campaña sobre Granada, fue inmediatamente posterior a la expedición protagonizada por normandos, francos y aragoneses en Peña Cadiella. Tras esta campaña el monarca aragonés pretendía instaurar un principado cristiano en Granada, ya que había establecido contactos con los mozárabes que allí vivían, quienes según las crónicas le habían llevado al Batallador un informe detallado con toda la información necesaria para acometer una campaña sobre un territorio a priori tan lejano y tan desconocido: informe detallado de castillos, orografía, caminos, contingentes, y muchos más datos de interés. Según estas crónicas en este informe aparecería incluso una gran lista de nombres con la firma de todos aquellos mozárabes dispuestos a levantarse contra los almorávides en caso de que el monarca aragonés quisiera presentarse ante los murallas de Granada con un gran ejército.

En realidad este supuesto informe detallado, sobre todo por lo que respecta al tema de las firmas, parece ser pura fantasía, pero Lacarra sí que tiende a darle veracidad en su libro sobre Alfonso el Batallador.

¹⁰⁰ Orderic Vital (1045-1172) fue un monje benedictino inglés que escribirá numerosas crónicas sobre los normandos a lo largo de su vida. Su obra más importante será la "Historia eclesiástica", una de las mejores crónicas contemporáneas de los siglos XI y XII que han llegado a nuestros días sobre Normandía y a Inglaterra anglonormanda. Por lo que respecta a este trabajo, también escribirá sobre la contribución de los normandos a las campañas del Batallador, tratando de exaltar todo lo posible la intervención normanda en las empresas del monarca aragonés.

Lo cierto es que los contactos con los mozárabes de Granada sí que debieron existir, pues si no es muy difícil pensar que Alfonso I decidiera emprender una campaña tan arriesgada adentrándose tan lejos en territorio enemigo, además se ha de destacar el hecho de que el poder almorávide se estaba debilitado progresivamente, ya no sólo por sus derrotas en el valle del Ebro, sino porque también en la propia Córdoba se habían dado levantamientos desde el año 1021. Otro hecho a reseñar referente a este debilitamiento de la fuerza almorávide, aunque este último hecho no llegaría a ser conocido tan tempranamente por el monarca aragonés, sería el surgimiento de un poder, una nueva fuerza, en el propio corazón del imperio almorávide, en tierras africanas, que serían los almohades, quienes se proponían eliminar a los almorávides e instaurar un nuevo orden basado en sus radicales concepciones a cerca del Corán.

Esta emergencia de esta nueva facción, obligaría a los almorávides a tener que dividir sus fuerzas para contener la presión tanto de almohades por el sur, como de cristianos por el norte, debilitando aún más la mermada fuerza almorávide.

Sobre la campaña de Granada, se ha de decir que a pesar de la tesis mantenida por muchos defensores de las gestas del Batallador, que dicen que el objetivo de tan magna empresa era el de liberar al mayor número posible de mozárabes, el verdadera cometido de la campaña era el de instaurar en Granada un principado cristiano, similar a la Valencia del Cid, que Alfonso I había conocido en su juventud.¹⁰¹

De la compleja campaña, durante la cual se sostuvieron diversas escaramuzas y se quemaron campos, se saquearon aldeas, etc. se ha de decir que finalmente, cuando el Batallador se presentó ante los muros de Granada el día de enero de 1126, esperó acampado varios días acampado a que los mozárabes abrieran las puertas y le hicieron entrega la entrega de la ciudad, pero tal situación nunca se dio. Lo que sí que sucedió fue que numerosos mozárabes que habitaban en Granada salieron de la ciudad y se unieron a las filas del monarca aragonés. Mientras esperaba el Batallador con su hueste acampado en la aldea de Nivar, sitiando Granada, decidió escribir al jefe de los mozárabes de la capital, llamada Ibn Qalais, reprochándole por haberle llamado y no cumplir su palabra;

¹⁰¹ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza: Guara, D.L. 1978. p. 88

por su parte, el mozárabe se excusó reprochándole al aragonés la tardanza, pues su ejército se había detenido en exceso durante el trayecto, dando tiempo al enemigo para que congregara sus fuerzas al otro lado del Estrecho.¹⁰²

Este primer objetivo de tomar Granada fracasó, pues Alfonso I como acertadamente señala Lacarra, acudía a la capital a una toma de posesión, ya que los mozárabes en un principio iban a hacerle entrega de la ciudad andalusí, pero no acudía a una guerra de conquista, con máquinas de guerra ni material bélico adecuado para tomar ciudades amuralladas, por lo cual no fue conquistada ninguna ciudad ni ninguna plaza en tan magna empresa. Tras este fracaso del objetivo primigenio de la expedición, el monarca aragonés recorrió con su hueste las tierras de Granada y Córdoba con el fin de causar el mayor daño al enemigo, destruyendo campos, saqueando aldeas, y arrasando cultivos, mientras se le iban uniendo cada vez más mozárabes no combatientes a su comitiva, que fueron llevados hasta sus tierras para repoblar convenientemente sus nuevos territorios.

Una vez en Aragón, Alfonso I se encargó de cuidar a estos mozárabes, que como decía él “con el auxilio de Dios saqué del poder de los sarracenos y conduje hasta tierra de cristianos”; estos hombres no podían ser siervos ni vasallos de ningún señor, si no que gozarían de plena libertad y quedaban exentos de lezda (impuesto muy típico en aquella época sobre la circulación de productos) al igual que los infanzones, tampoco podían ser llamados a ninguna hueste ni cabalgada contra cristianos, y además en todo momento podían apelar en sus juicios a la justicia real, aplazándose la resolución del asunto si el rey no estuviese presente por aquellas tierras.¹⁰³

Lo cierto es que esta gran campaña fracasó en la medida de que pretendía establecer un principado cristiano en Granada similar a la Valencia del Cid, que hostigara desde la retaguardia a las debilitadas fuerzas almorávides y sirviera como cabeza de puente para futuras campañas de conquista o de botín en el sur de al-Ándalus, pero permitió al

¹⁰² *Ibidem* pp.89-90

¹⁰³ *Ibidem* pp. 91-92

Batallador “reclutar” a numerosos mozárabes para su causa que le sirvieron para repoblar sus vastos territorios recientemente conquistados en el Valle del Ebro y el Bajo Aragón.

No obstante, es importante reseñar también el hecho de que otros muchos mozárabes que no pudieron o no tuvieron la determinación de unirse a la hueste del Batallador a su paso por Andalucía, quedaron a merced de las duras represalias que los almorávides llevaron contra ellos por la traición cometida por aquellos que se unieron a la empresa cristiana.

11-LA POLÍTICA DE REPOBLACIÓN

Durante el último mes del año 1124, el monarca aragonés ascendió desde Gallur, en las riberas del Ebro hasta Ejea. Consumió el invierno hasta marzo de 1125, en una franja de territorio que por el borde meridional de las sierras prepirenaicas se extendía desde Uncastillo al oeste en la Comarca de las Cinco Villas hasta Montearagón al este en la Hoya de Huesca. Desde allí realizó una notable labor de repoblación. El objetivo del Batallador era consolidar el dominio sobre una zona fronteriza con el reino saraqustí de antaño y completar la acción que llevaron a cabo en estas tierras sus antepasados.¹⁰⁴

Alfonso I también asignó inmuebles que habían sido abandonados por musulmanes en Plasencia del Monte cerca de Bolea, prosiguió supervisando las tareas de repoblamiento de Ayerbe, al que ya había concedido fuero y que gozaba por una donación del mes de mayo de 1122 de un amplio término que se extendía desde las sierras de Riglos, Marcuello y Loarre, hasta Gurrea de Gállego.¹⁰⁵

De esta manera lograba asegurar las comunicaciones en un punto estratégico de gran valor, en donde confluían las rutas que por el norte llevaban al viejo Aragón y a Francia,

¹⁰⁴ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. p.193

¹⁰⁵ *Ibidem* 193

mientras que por el sur conducían a Huesca, Ejea, y siguiendo el curso del Gállego aguas abajo hasta la capital del Ebro: Zaragoza.¹⁰⁶

Más hacia el oeste, en el año 1125, el enclave de Luesia experimentó una notable expansión; en Uncastillo también actuó el monarca, formando en esta villa un “burgo nuevo”; además afianzó el poblamiento de Alquézar, que para el año 1125 también contaba con su “burgo nuevo”. Antes de que terminase el mes de marzo, el monarca se encaminó con su comitiva hacia las riberas del Ebro y del Queiles, llegando a Tarazona. Entrada ya la primavera en el mes de mayo, había ascendido hasta Sangüesa y Murillo Berroya, desde donde se desplazaría a Huesca.¹⁰⁷

Según Lerma Pueyo, en un plazo de 5 meses entre marzo y agosto, el Batallador visitaría por este orden las tierras recientemente conquistadas del Ebro, el reino de Pamplona, la comarca oscense, su frontera riojana, y por último el Alto Aragón.

En este periodo de tiempo, de los años 1124 y 1125, vemos al monarca aragonés atareado viajando a través de sus tierras y llevando a cabo una intensa labor repobladora, concediendo fueros y creando “burgos nuevos”, en muchas ocasiones con la colaboración de monasterios e instituciones eclesiásticas, a las que concedía también beneficios y privilegios para ganarse su colaboración.

Se adivina también en este constante ir y venir del Batallador, un doble objetivo condicionado por la inminente expedición a Granada. Por un lado se trataría de ordenar las cuestiones relativas al gobierno que estaban pendientes antes de adentrarse en territorio enemigo. Por otro lado el monarca aragonés estaría también reclutando adeptos a su causa y reuniendo recursos para emprender tan magna empresa bélica hasta territorio andalusí.

¹⁰⁶ *Ibidem* 194

¹⁰⁷ *Ibidem* 195

12-FIJACIÓN DE FRONTERAS CON CASTILLA: LAS PACES DE TÁMARA

Las paces de Támara significaron establecer por fin una frontera con Castilla de una forma más o menos estable.

El 8 de 1126 fallecía Urraca. Inmediatamente su hijo, el infante Alfonso Raimúndez, reclama el trono de su madre, haciendo su entrada en León al día siguiente del fallecimiento de su madre, y recibiendo la adhesión de los prelados y de la alta nobleza. Estos hechos seguramente decidieron al Batallador a acelerar su regreso de su campaña de Andalucía.¹⁰⁸

Es menester que reseñar el hecho de que el monarca aragonés aún mantenía bajo su control una serie de enclaves con guarniciones a su mando en Castilla, tales como Carrión, Castrojeriz, Villafranca, Belorado, Montes de Oca, Nájera, o incluso el castillo de Burgos, ciudad de una gran importancia tanto simbólica como económica en el corazón de Castilla la Vieja.

El 30 de abril Alfonso VII con sus tropas y con la ayuda de cristianos y musulmanes locales logra ocupar el castillo de Burgos, cuya guarnición estaba al mando del aragonés Pedro Arnal. Ante este grave hecho, el Batallador se ve en la obligación de intervenir, pues ha de defender y amparar a las guarniciones que le son fieles en territorio castellano. Además tiene que dar una impresión de fuerza para que las guarniciones que aún conserva a lo largo del Camino de Santiago se mantengan fieles a su causa y no cedan ante el avance del nuevo rey de León Alfonso VII, por lo menos para negociar su traspaso.¹⁰⁹

En el mes de junio del año 1127 el monarca aragonés va a llegar al valle de Támara, en donde se reunirá con el ejército leonés y firmará un pacto entre ambos monarcas.

¹⁰⁸ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza: Guara, D.L. 1978. p. 93-94

¹⁰⁹ *Ibidem* pp. 94-95

El pacto de Támara que en estos momentos va a tener lugar será un hito fundamental, porque establecía la regulación de fronteras entre los territorios de ambos monarcas, impidiendo que se llegara a una guerra abierta entre ambos. Lo que allí se estableció fue que Alfonso I rey de Aragón y Pamplona entregaría a Alfonso VII de León y Castilla el reino que le correspondía por legítimo derecho hereditario en menos de cuarenta días, tal y como lo tuvieron sus padres. No obstante, evidentemente no todas las tierras que pertenecieron a Alfonso VI pasaron inmediatamente a manos de su nieto Alfonso VII, pues éste renunciaba a todas las adquisiciones por Castilla en la frontera con Navarra a lo largo del siglo XI, restaurándose de esta forma los límites navarros según quedaron establecidos antaño a la muerte de Sancho el Mayor, los cuales llegaban desde el Ebro hasta cerca de la ciudad de Burgos en su frontera occidental.¹¹⁰

Además Alfonso I renunciaba al título de emperador, que había utilizado en algunas ocasiones mientras mantuvo sus derechos sobre el reino de León; el aragonés conservó también Álava y parte de Castilla, así como Soria y la Extremadura Soriana (que él mismo había poblado con gentes de su reino) hasta San Esteban de Gormaz, donde mantuvo una guarnición aragonesa.

Se ha de reseñar, como acertadamente señala Lacarra, que curiosamente hubo una plaza que contra lo que estipulaba el tratado de Támara se mantuvo con una guarnición aragonesa, esa fue la de Castrojeriz, cuyo último teniente fue Beltrán, un sobrino del Batallador, quien se negó a rendir pleitesía a Alfonso VII como su legítimo monarca, siendo Beltrán uno de los muchos nobles que se resistieron a aceptar a Alfonso VII como nuevo monarca de Castilla. Estos núcleos rebeldes fueron sometidos uno a uno por el hijo de Urraca.

Castrojeriz se mantuvo fuera de las garras del nuevo monarca hasta el año 1131, momento en el que finalmente fue sometida a su autoridad.

¹¹⁰ *Ibidem* pp. 95-96

Por tanto el Batallador conservaba Soria que había sido repoblada con gentes de su reino, pero quedaba en dilema la situación de las plazas de las plazas fronterizas de Atienza, Sigüenza y Medinaceli, que habían pertenecido a Alfonso VI pero que habían caído en poder de los almorávides tras el desastre de Uclés del año 1108, siendo recuperadas después por Alfonso I; finalmente se decidió que estas plazas debían corresponder a la corona de Castilla, quedando pues de esta manera bien delimitadas las fronteras entre Aragón y Castilla en esta zona.¹¹¹

Finalmente, en el año 1128 el Batallador logra conquistar no sin grandes esfuerzos la plaza de Molina de Aragón a los almorávides.

12- LA CAMPAÑA FINAL: FRAGA Y EL CAMINO HACIA EL MEDITERRÁNEO

Alfonso I albergaba un sueño desde su más tierna juventud, y era el de poder llevar sus conquistas hasta el mar (el Mediterráneo), con el fin de desde allí poder zarpar hacia Jerusalén. Este era su ideal cruzado, y sus campañas casi siempre estaban dirigidas a poder abrir una vía hacia el mar, ya fuera siguiendo el curso del Ebro, o por el Bajo Aragón hasta Valencia.

La aspiración a la toma de Tortosa, así como de Lérida, era una constante en la política expansionista de los reyes de Aragón, como también de los condes de Barcelona.¹¹²

El plan del Batallador, a sus casi ya sesenta años, era el de emprender una gran campaña por la cual siguiendo el curso del Ebro llegar hasta Tortosa, cuyo primer obstáculo sería Fraga, pues debía de ser tomada esta plaza antes de continuar avanzando hacia Tortosa. De tener éxito esta empresa, Lérida quedaría separada del resto de al-Ándalus, quedando aislada de este modo y caería fácilmente en manos aragonesas; además se proporcionaría paz y estabilidad a la frontera de Barbastro y Monzón, que fue establecida con gran

¹¹¹ Ibídem p.96

¹¹² Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza: Guara, D.L. 1978. p. 124

trabajo y esfuerzo por sus predecesores (Pedro I y Sancho Ramírez) y que había sido largo tiempo acosada por incursiones de los almorávides.¹¹³

Además con la adquisición de Tortosa, Aragón conseguiría su tan ansiada salida al Mediterráneo, lo cual le permitiría participar directamente y sin intermediarios en el comercio con las rutas marítimas que llevaban al Norte de África, Italia o Sicilia; incluso Tortosa podía servir de base militar para emprender nuevas acciones expansionistas y de conquista hacia las costas valencianas o incluso hacia Mallorca.¹¹⁴

No olvidemos en todo este abanico de posibilidades que habría la conquista de Tortosa, que era el puerto elegido por el Batallador desde el cual se lanzaría a navegar hacia Tierra Santa y cumplir su sueño cruzado de llegar a Jerusalén.

Es interesante también otra razón que señala Lerma Pueyo en su libro que pudo mover al Batallador a lanzarse hacia Tortosa, y es que el triunfo de aragonés debilitaría mucho a un competidor muy molesto y poderoso que también tenía intereses en esa zona: el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, quien según las crónicas ya había cerrado un pacto en el año 1131 con el emir almorávide, en virtud del cual el barcelonés se comprometería a no atacar dichas plazas ni cercanías a cambio del pago de parias que ascenderían a doce mil dinares anuales. Este pacto de no agresión entre los almorávides y el astuto conde de Barcelona enfadaría mucho al Batallador quien intervendría en la zona con el fin de privar al conde de tan cuantiosa suma y juró no levantar el sitio de Fraga hasta tomar dicha población.

Los preparativos para la gran campaña ya estaban en marcha para el otoño de 1132, y en noviembre del mismo año tenemos noticia de que el monarca aragonés estaba supervisando la tala de árboles en los montes cercanos al monasterio de San Millán de la Cogolla con el fin de conseguir madera con la cual poder construir una gran flota de balsas y barcas con la cual descender el Ebro hasta Tortosa. A finales del año 1132 y principios de 1133 se mandaron concentrar todos estos recursos navales en Zaragoza, en donde también se fueron reuniendo las tropas que formaban la hueste; tras los primeros meses

¹¹³ Lema Pueyo, J. Á. (2008). *Alfonso I el Batallador, rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*. Gijón : Trea, 2008. pp. 358-359

¹¹⁴ *Ibidem* p.359

de 1133, todo estaba dispuesto para la campaña final que llevaría las armas y los corazones valientes de los aragoneses hasta el Mediterráneo.

Fraga se encuentra en los confines meridionales de la provincia de Huesca, en l orilla izquierda del Cinca, muy cerca de su desembocadura con el Segre; una de las principales funciones del enclave era la de vigilar las rutas que comunicaban Zaragoza con Lérida, creciendo a lo largo de la alta edad media hasta convertirse en una ciudad, estando a comienzos del XII rodeada por una vasta red de castillos y aldeas.¹¹⁵

Lo cierto es que según las crónicas de la época, Fraga era un bastión difícil de ser tomado, con un imponente castillo que defendía la población.¹¹⁶ Además había servido de base desde donde la cual los almorávides había realizado numerosas cabalgadas y razias en territorio enemigo.

A inicios del verano del año 1133 ya había caído Mequinenza en poder de los aragoneses, y las perspectivas de victoria y éxito eran tremendas, había que hacerse con el control de Fraga para después avanzar hacia Tortosa con la retaguardia asegurada. Para mediados del mes de agosto el sitio de Fraga era oficial, prolongándose el asedio a lo largo de los meses siguientes.

A mediados del mes de julio de 1134, ya parecía que Fraga no podría resistir mucho más, y más temprano que tarde terminaría por capitular, pero el 17 de julio del año 1134 se cernió la tragedia entre los aragoneses: un ejército almorávide que había acudido a socorrer la plaza trabó batalla contra las huestes del Batallador, siendo derrotados los cristianos y el Batallador herido en el combate, una herida de la que ya no se recuperaría jamás.

¹¹⁵ *Ibíd*em 364

¹¹⁶ Según la descripción geográfica contenida en el *Kitab ar-Rawd al-Mitar*, Fraga estaba “situada sobre el río de los Olivos, y uy bien construida. Está provista de una fortaleza bien defendida e inaccesible, y rodeada de numerosos jardines...”

Lo cierto es que tras el desastre de Fraga, encontramos a Alfonso I en Sariñena a finales de agosto, y en esta localidad, ya a principios de septiembre ratificó su testamento que ya había sido otorgado en octubre del año 1131. Este hecho nos muestra como el Batallador presentía su fin cercano, pues ya contaba con la avanzada edad de 61 años, además del tremendo desaliento que sentía tras una amarga derrota que ponía fin a sus sueños de guerrero de cruzado de poder llegar algún día a Tierra Santa, así como también no hay que olvidar sus posibles heridas y dolencias tras la batalla de Fraga que debieron de agravarse en aquel verano de 1134.¹¹⁷

Durante su penosa estancia en Sariñena, el rey de Aragón y Pamplona, caía enfermo y la muerte le sorprendería en el mes de septiembre cuando se encontraba en Poleñino, a unos trece kilómetros al norte de Sariñena, dirigiéndose probablemente hacia Huesca o hacia la abadía de Montearagón, en donde poder descansar en paz.

El 7 de septiembre del año 1134 después de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, moría el rey de Aragón y Pamplona, Alfonso el Batallador, el hombre que entró triunfante en la capital Hudí, la Ciudad Blanca, Saraqusta; quien derrotó con su sola mano a los almorávides en la batalla de Cutanda; aquel que soñó un día con hacer llegar las armas aragonesas hasta el mar, hasta Tortosa, para después zarpar a Jerusalén, la ciudad que vio morir a Cristo crucificado; aquel que logró someter todo el valle medio del Ebro y el Jalón, para mayor gloria de Aragón; aquel que reinó en palabras suyas “desde Belorado hasta Pallars, y desde Bayona hasta Monreal”; aquel que en definitiva, puso su espada al servicio de Dios, y dedicó su vida a un alto ideal, el hombre que llevó la cruz hasta la Ciudad Blanca, quien batalló hasta el final, encontrando la muerte en combate, pues era designio de Dios que quien vivió con gloria muriera también con gloria, siendo herido mortalmente en la Batalla de Fraga, en donde batalló hasta el último aliento, aquel que tras su muerte se convirtió en leyenda, y aquel que será recordado por siempre en los Anales de la Historia como El Batallador.

¹¹⁷ Ibidem pp.384-385

13- CONSECUENCIAS DEL TESTAMENTO Y LEGADO DEL BATALLADOR

La muerte de Alfonso I sin sucesión directa abrió una grave crisis en el reino de Aragón, pues su testamento era inaplicable. Legaba todo su reino a las Órdenes Militares nacidas en Tierra Santa: la Orden del Hospital, la Orden del Temple, y la Orden del Santo Sepulcro. Así pues, todas sus tierras, bienes, castillos, rentas, y gentes en sus dominios pasaban a formar parte de estas instituciones tan desconocidas en sus territorios.

Lo cierto es que las Órdenes Militares, apenas difundidas por su reino, no estaban en condiciones de hacerse cargo del poder; además los nobles eran sabedores de que la mayor parte del reino había sido conquistada con su esfuerzo personal, por lo tanto tenían que contar con su opinión para decidir el futuro del mismo.

Los nobles aragoneses eligieron al hermano menor de Alfonso, Ramiro, como su nuevo rey. Ramiro era entonces obispo de Roda, y había dedicado toda su vida al servicio de Dios, pero ahora la difícil situación sucesoria a falta de un heredero le obligaba a dejar la vida religiosa, para convertirse en Ramiro II de Aragón, y conseguir dar un heredero que perpetuara su linaje en el trono aragonés.

Ramiro II el Monje va a desposar con Inés de Poitou, con la que tendrá una hija, Petronila. En noviembre del año 1137 Ramiro II de Aragón decidió casar a su hija recién nacida con el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, que por aquel entonces rondaba ya la veintena de años, quien firmaría desde entonces como Conde de Barcelona y Príncipe de Aragón, pues Ramiro depositaba en las manos de su yerno el reino pero no la dignidad real. Este hábil movimiento del nuevo monarca aragonés, quien se retiró en seguida a un convento, vinculaba al Reino de Aragón con el Condado de Barcelona, salvando así a su reino y a la monarquía.

La boda entre Petronila y Ramón Berenguer IV se celebró al cumplir la mayoría de edad de ésta, en el mes de agosto del año 1150, en Lérida, ciudad a medio camino entre los dos estados: el reino de Aragón y el condado de Barcelona; nacía así la Corona de Aragón,

cuyo primer monarca sería el hijo de ambos, quien será conocido como Alfonso II el Casto.¹¹⁸

Por otro lado, García Ramírez, señor de Monzón y Tudela, reclamaba por derecho familiar las tierras del reino de Pamplona, que habían pertenecido a su tío abuelo Sancho el de Peñalén.¹¹⁹

Era por tanto García Ramírez, descendiente por vía bastarda de Sancho el Mayor, y fue elegido por los navarros como nuevo rey de Pamplona, quedando por tanto a partir de entonces desvinculados los destinos de los reinos de Pamplona y Aragón, que mirará a partir de entonces hacia oriente y hacia el Mediterráneo debido al matrimonio entre Petronila y el conde de Barcelona, que será el germen de la Corona de Aragón.

El derecho aragonés y los derechos patrimoniales de la familia real aragonesa quedaban a salvo al heredar el reino Ramiro II, el único descendiente por línea de varón del fundador de la dinastía; de él pasaban a su hija Petronila y de ésta a su esposo y descendientes; mientras que las Órdenes Militares mantenían a su vez la ficción de que el reino había recaído en ellas en virtud del testamento de Alfonso I, y que lo cedían a Ramón Berenguer y sus descendientes.¹²⁰

A modo de conclusión, las consecuencias de la muerte de Alfonso I sin herederos y de su asombroso e incumplible testamento, fueron muchas y muy importantes para el devenir histórico de Aragón. La primera fue que los caminos del Reino de Aragón y del de Pamplona se bifurcaban.¹²¹ La segunda consecuencia fue que el Reino de Aragón viraba hacia oriente, hacia el Mediterráneo, con el matrimonio entre Petronila de Aragón y Ramón Berenguer IV de Barcelona, quedando el reino de Aragón y el condado de

¹¹⁸ Otras crónicas han tendido a conocer a Alfonso II, primer rey de la Corona de Aragón, con el sobrenombre de “el Casto”.

¹¹⁹ Lacarra, J. M. (1978). *Alfonso el Batallador*. Zaragoza: Guara, D.L. 1978. p. 140

¹²⁰ *Ibidem* pp. 140-141

¹²¹ Ambos reinos habían estado en manos de una misma persona desde tiempos de Sancho Ramírez, quien había heredado el reino pamplonés tras el asesinato de Sancho Garcés IV “el de Peñalén” en el año 1076

Barcelona vinculados desde entonces y configurando lo que se conocerá como la Corona de Aragón. Otra consecuencia importante a tener en cuenta sería la progresiva importancia que van a empezar a tener las Órdenes Militares, en especial de del Temple y la del Hospital, en los territorios de la joven Corona de Aragón, pues Ramón Berenguer IV las dotará de abundantes privilegios y tierras, debido también a la renuncia que presentaron sobre el testamento del Batallador, que las hacía poseedoras en teoría de todo el reino.

En definitiva, tras la muerte del Batallador y la subida al trono de su hermano en el año 1134, quien tuvo un papel muy complicado ante el difícil panorama que se abría ante sí, se decide finalmente el matrimonio de la hija de Ramiro II, Petronila, con el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, naciendo así la Corona de Aragón.

Comenzaba entonces una nueva época, un tiempo nuevo, en donde el Mediterráneo habrá de jugar un papel determinante en los años venideros.

CONCLUSIONES

La realización de este trabajo me ha permitido nutrirme de numerosa información referente a la época del Batallador, es decir, a groso modo entre la segunda mitad del siglo XI y la primera mitad del XII.

Ha sido un trabajo muy satisfactorio y nada arduo puesto que me apasiona la época tratada, y todavía la mítica figura del Batallador, un hombre tremendamente interesante y controvertido, cuyo análisis se queda corto en apenas medio centenar de páginas, pues incluso medio millar de ellas quedarían cortas.

En este sentido, cada capítulo me llevaba al siguiente, cada crónica leída, cada relato, me empujaba con fuerza a continuar con mi tarea de adentrarme en los albores del siglo XII, en tierras de Alfonso I, viajando desde Belorado más allá de los Montes de Oca, hasta el Ebro, y descendiendo por tan noble río hasta el mar, hasta un mar a donde soñó llegar un día el protagonista de este trabajo, pero el destino se lo impidió, pues quiso Fraga terminar con su épica vida de batalla en batalla, y colocar a Alfonso en la posteridad, convirtiendo su nombre en leyenda, habiendo merecido sobradamente tal gloria.

Tras haber concluido mi obra, las conclusiones son tremendamente positivas. Mi conocimiento sobre los hechos es hoy muy superior a lo que era antes de empezar este trabajo.

Así pues, es evidente que he intentado a lo largo de este medio centenar de páginas ahondar en varias ideas que a mi parecer son fundamentales. En este sentido, Zaragoza no fue tomada por un ejército de aragoneses liderado por Alfonso I, si no que a la Ciudad Blanca, la Saraqusta de los musulmanes, acudió una hueste muy nutrida integrada por gentes venidas de muy diversos lugares, algunos muy lejanos, incluso desde más allá de los Pirineos. Es pues indispensable hacer hincapié sobre la importancia que tuvieron centenares de nobles del Midi francés que, ligados al Batallador por lazos familiares, de parentesco, o vasalláticos, cabalaron junto a él en numerosas campañas acompañándolo a la gloria y siendo determinantes en la mayoría de sus éxitos; como ejemplo más claro y relevante sería el de Gastón de Bearn, presente en todas las campañas del monarca

aragonés, y sin cuya magna presencia en el asedio de Zaragoza del año 1118 seguramente el resultado podría haber sido otro, pues había estado en Tierra Santa, en donde aprendió las novedosas técnicas de asedio y de asaltar murallas, como la construcción de altas torres de madera, las mismas que fueron utilizadas en el asedio de Jerusalén fueron empleadas también a la hora de conquistar la capital hufí, mérito sin duda del vizconde de Bearn.

He tratado también de recalcar el espíritu de cruzada y los ideales religiosos que se respiraban en aquella época, siendo el Batallador un monarca que se condujo a lo largo de su vida por tales sentimientos. Jerusalén había sido recientemente tomada (1099), y el éxito de la Primera Cruzada en Tierra Santa había exaltado los corazones de todos los cristianos en occidente, surgiendo en estos momentos las órdenes militares, que Alfonso I tratará de emular instaurando dos en sus dominios, la de Belchite y la de Monreal del Campo; en ambas órdenes el Batallador puso gran empeño, y su labor merecía la pena ser reseñada, dedicándoles a ambas un capítulo de este trabajo.

Además de las campañas de conquista del Batallador, me detuve también a analizar una batalla campal que en mi opinión fue fundamental y cuyo resultado decidió la suerte del valle medio del Ebro, hablo de la olvidada batalla de Cutanda acaecida en el año 1120, en donde el Batallador junto a su victoriosa hueste derrotó a un gran contingente de almorávides, frenando al enemigo infiel y estabilizando sus recientes conquistas.

El resultado de este encuentro bélico dio al monarca aragonés un tiempo precioso y necesario para repoblar adecuadamente sus nuevos dominios, reforzando la frontera, y le animó también a emprender una arriesgada campaña hacia tierras andaluzas, a la cual también le dedico un capítulo.

Finalmente, la conclusión de todo la obra del Batallador, un monarca cruzado que trató de llevar la cruz lo más lejos posible a costa del islam, bien puede verse plasmada en su inaplicable testamento, en el cual dejaba todo su reino a las tres órdenes militares recientemente surgidas en Tierra Santa: el Hospital, el Temple, y el Santo Sepulcro.

Evidentemente los nobles aragoneses, artífices también de las conquistas de Alfonso I, hicieron caso omiso del testamento, pues además el Batallador carecía de derecho real para aplicar semejante donación de sus estados patrimoniales a ningún ente, sí que tenía derecho también sobre el “reino de Zaragoza”, como lo refieren algunas crónicas, conquistado por él a lo largo de su reinado.

Ramiro el Monje fue entronizado, y el casamiento de su hija recién nacida supuso un giro tremendo en la dinámica del Reino de Aragón hasta la fecha, quedando desvinculado de los navarros y virando sus intereses hacia oriente, hacia las costas del mediterráneo, pues con el enlace matrimonial entre Petronila de Aragón y Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, había nacido la Corona de Aragón.

El hijo de este matrimonio, Alfonso II el Trovador, será el primer rey de la Corona de Aragón, y dirigirá sus esfuerzos hacia la conquista de las tierras del sur, en torno a lo que hoy en día es Teruel y el sir de esta provincia; comenzaba entonces una nueva época, pero el nombre de Alfonso el Batallador quedó grabado en los anales de la Historia, legando a la posteridad sus incontables hazañas y su valentía determinante en el campo de batalla.

“Ningún príncipe cristiano le sobrepasó en valor, en ardor para combatir a los musulmanes ni en resistencia; Dios con su muerte permitió a los fieles respirar y les libró de seguir expuestos a sus golpes”

Ibn al-Athir (cronista musulmán)

“Ni antes ni después de él, hubo en Aragón rey que se le pareciera ni en lo fuerte, ni en lo prudente, ni en lo belicoso”

Crónica de Alfonso VII

ANEXOS



La Península Ibérica en tiempos de Ramiro I

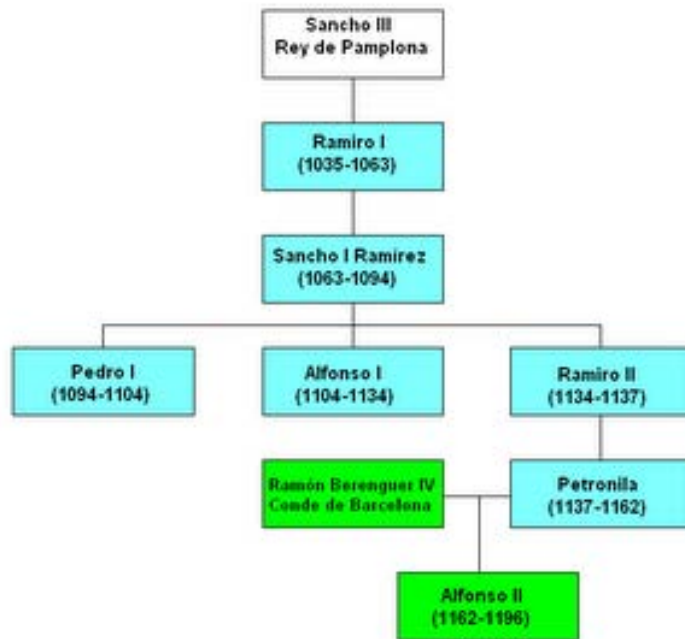
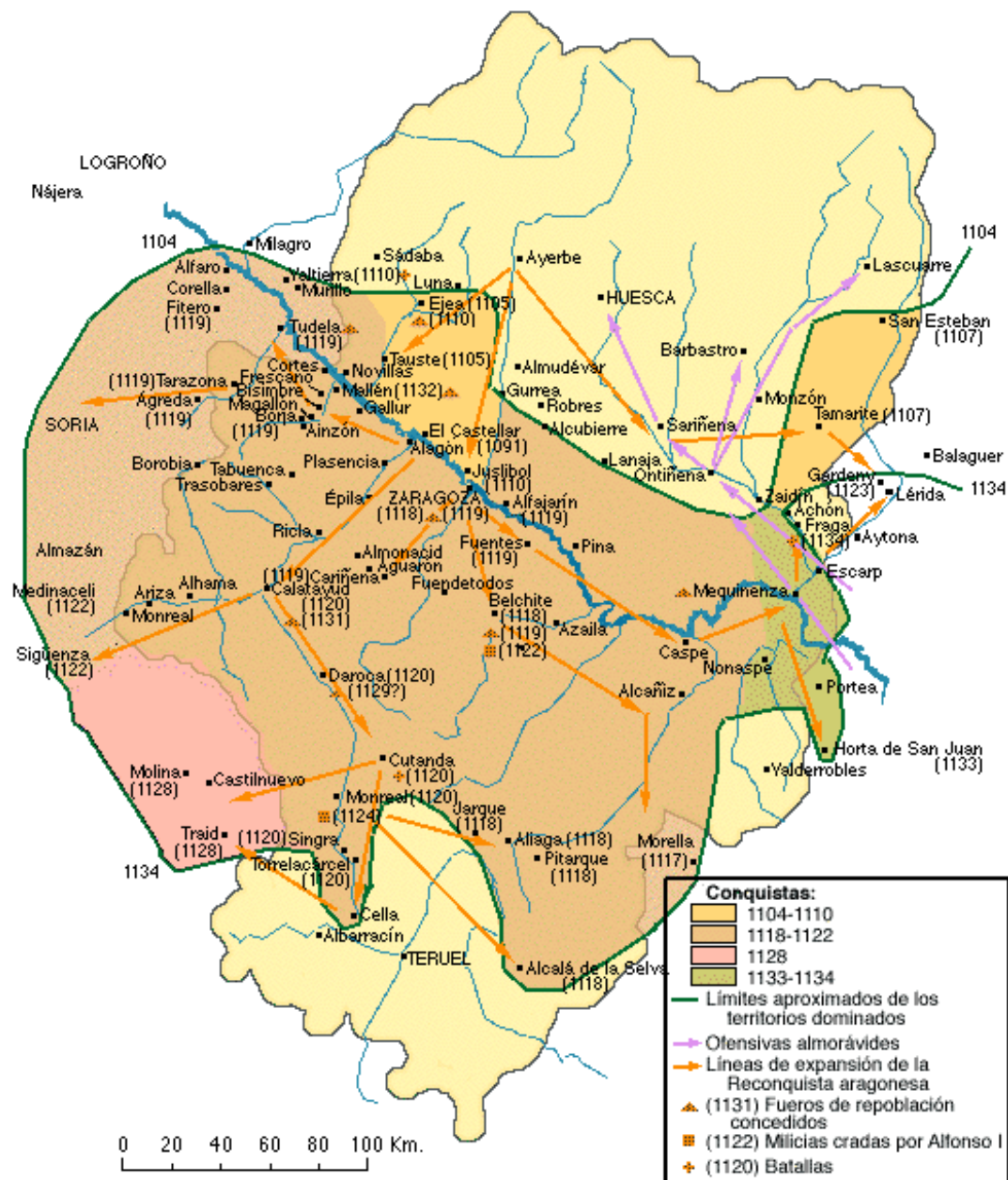


Tabla genealógica de los reyes de Aragón de la dinastía Ramírez (en celeste)



La expansión del Reino de Aragón con Alfonso I



Conquistas del Batallador y expedición hacia tierras andaluzas (1125-1126)